



MUÑOZ SECA y PEREZ FERNANDEZ
**EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE
Y LA HIJA DE PALOMEQUE**

Juguete cómico en tres actos.

50 cts.

La pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO

Editado en RIVADENEYRA

Paseo de San Vicente, 20.

M A D R I D

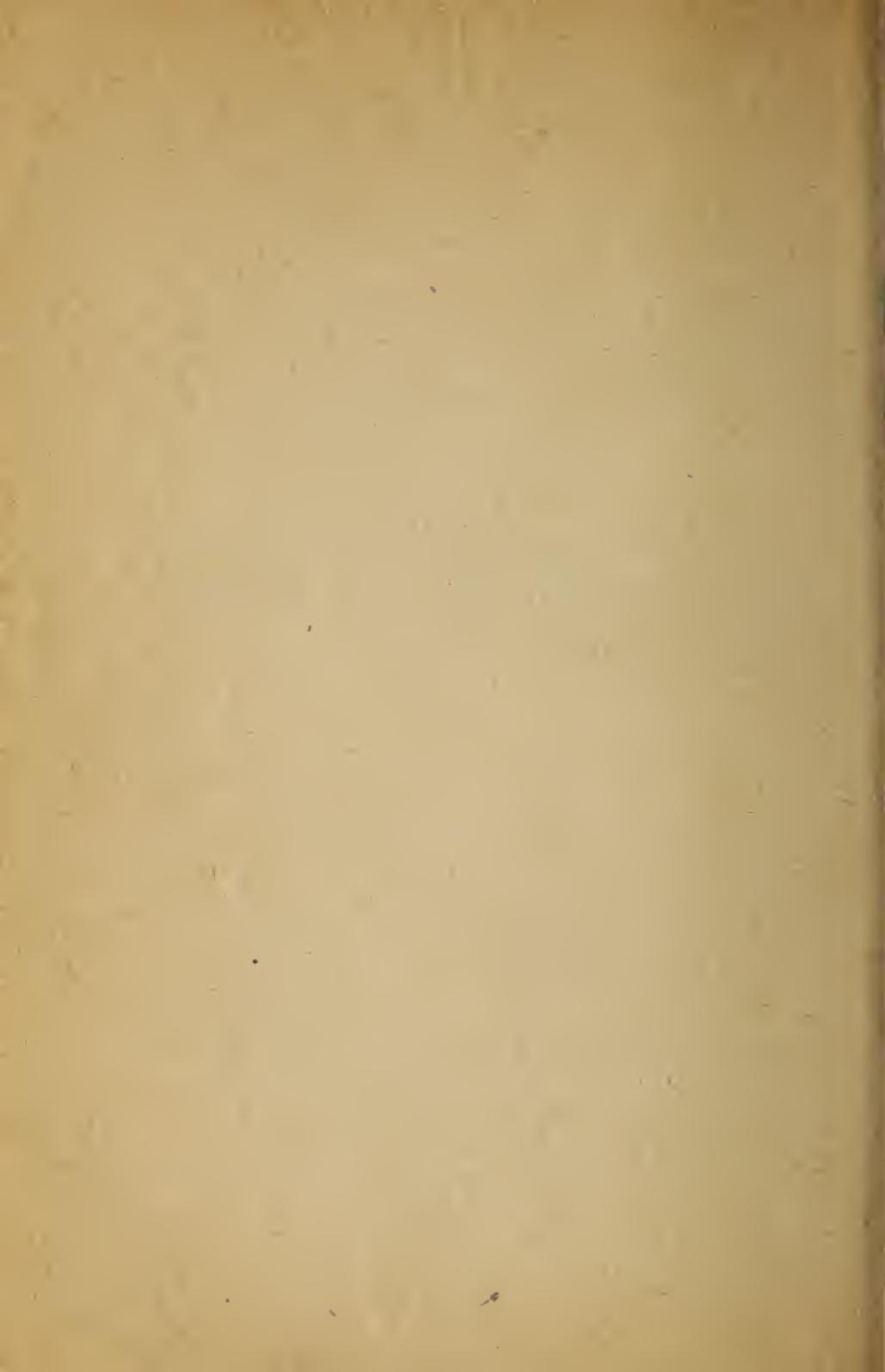
Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL
CINE DEBEN LEER LA PANTALLA,
QUE CONSTITUYE LA VERDADERA
GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA
———— MUNDIAL ————

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20. ————

10311

**EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE
Y LA HIJA DE PALOMEQUE**



PEDRO MUÑOZ SECA
Y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

El sofá, la Radio, el Peque y la hija de Palomeque

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS,
EN PROSA, ORIGINAL

Estrenado en el teatro Cómico, de Madrid,
el día 22 de enero de 1929.

DIBUJOS DE ALMADA



LA FARSA

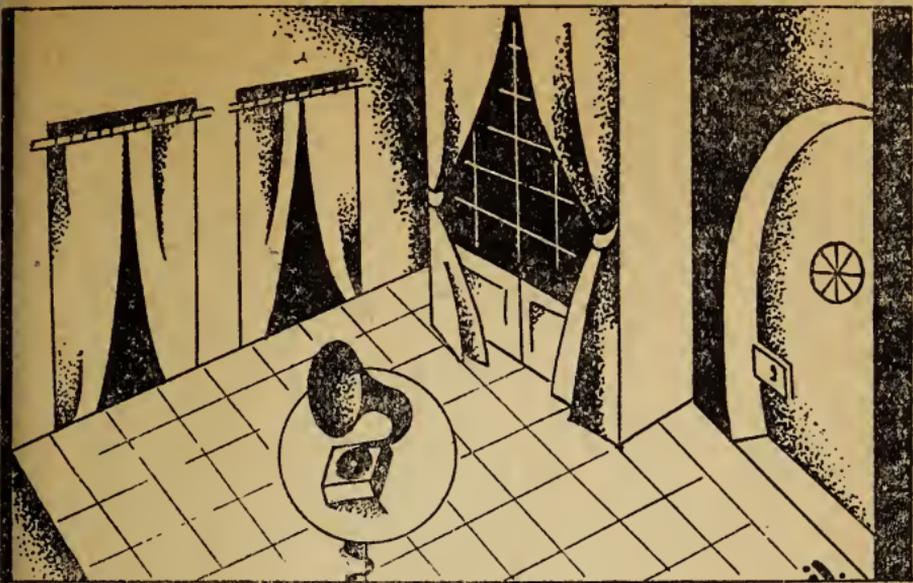
NO III | 18 DE MAYO DE 1929 | NUM. 87
MADRID

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

<i>Clara</i>	Srta. Prado.
<i>Dominga</i>	» Romero.
<i>Rita</i>	» Solís.
<i>Balbina</i>	» Martín.
<i>Consejo</i>	» Medero.
<i>Pánfilo</i>	Sr. Chicote.
<i>Moisés</i>	» Castro.
<i>Sacristán</i>	» Costa
<i>Tesifonte</i>	» Sola.
<i>Don Carloto</i>	» Melgares.
<i>Onofre</i>	» G. Esteve.
<i>Honesto</i>	» Recober.
<i>Rebollo</i>	» Sanpietro.
<i>Rodríguez</i>	» Arias.



ACTO PRIMERO

Recibimiento de la casa que habita, gratuitamente por cierto, Pánfilo Cortés. En el primer término de la izquierda (actor), la puerta de entrada, y luego, en chafán, un mirador con su cortina. En el foro, dos puertas, y en el lateral derecha, otras dos puertas, y después, el arranque de un corredor que se pierde en el lateral. Todas las puertas, menos la que sirve de entrada, tendrán una cortina. En el centro de la escena hay una mesa llena de herramientas achivaches y papeles. En el foro, una mesa pequeña volante, donde colocarán el aparato de radio. A la derecha de la mesa, una butaca, varias sillas y una lámpara de techo. Una mesa con un gramófono, una bocina, y varios cajones completan la decoración. Los muebles, sencillos, y el aparato de luz, pobrísimo, no corresponden al decorado de la habitación, que es de cierto lujo. La acción en Madrid, Epoca actual.

(Al levantarse el telón están cerradas todas las puertas, corrida la cortina del mirador y encendida la lámpara. Están en escena PÁNFILO y MOISÉS. Este, que es un muchacho que viste con cierta elegancia, sentado en la butaca y arropado, alga la frase, con unos periódicos, duerme a pierna suelta. Pánfilo, hombre como de cincuenta años, pobremente vestido, sentado a la mesa, frente al espectador, duerme también como un ceporro, apoyada la cabeza sobre un rollo de alambre que hay en la mesa y empuñando aún unos alicates. Por el corredor entra en escena CLARA, una muchacha, en traje de casa.)

CLARA.—(*Extrañadísima.*) ¿Pero es que mi padre no s'ha aco-
tao esta noche?... (*Descorre la cortina del mirador y la escen-
se llena de luz. Apaga la lámpara. Al ver a Moisés.*) ¡And
leñe! Y el muchacho d'arriba s'ha pasao la noche en el ba-
tacón. Claro, cuando llega a su casa después de la una no
abren la puerta... (*Contemplándole amorosamente.*) ¡Lo que
me gusta a mí este hombre!... ¡Loca me tiene! (*Piropeándole*
¡Bonito! ¡Precioso!... ¡Uy!... Le cogía, así, de la nariz y
daba un beso de cine, de esos que en seguida dice "fin" porqu
rompen la pantalla. ¡Bendito sea!... Hay que ver con lo que
se abriga el pobrecillo: con los periódicos. "La Voz" en
estómago, como los ventrílocuos, y un "Heraldo" a los pies
como Isabel la Católica. ¡Qué cara!... A mí que no me digas
mi prima Dominga que este hombre tiene cara de torrija, nariz
de pestiño y ojos de cerdo americano. A mí me parece guap-
simo, y así, dormido, es más Romeo que el de Apolo. (*Tocando*
la barbilla.) Es un tronco. ¡Que no pudiera yo hacerle vir-
tas!... (*Llama a Pánfilo, dulcemente.*) ¡Padre!... ¡Padre!
(*Pensativa.*) Y digo yo: ¿vendrá este muchacho tarde a su
casa para pasar aquí la noche y verme?... (*Suspirando y vol-
viendo a llamar blandamente a Pánfilo.*) Padre... ¿O será ve-
dad que tiene una novia en Romea y...? (*Nerviosísima, cogien-
do el rollo de alambre como para tirárselo y colgárselo del*
cuello a su padre, al par que le zamarrea furiosamente.) ¡Si es
fuera verdad!... ¡¡Padre!!...

PÁNFILO.—(*Despertando sobresaltado.*) ¿Eh? ¿Qué?... (*Al*
ver a Clara.) ¡Caray, tú!... (*Bosteza, se va a restegar los ojos*
y como tiene los alicates en la mano, se da un golpe con ellos
¡Mi abuela la zurda!... ¿Qué hora es, tú?

CLARA.—Las diez y pico.

PÁNFILO.—¡Atiza! (*Estirándose y haciendo demostraciones de*
dolor.) ¡Lo que me duele el cuerpo! Me he debido dormir
eso de las cuatro y media. Me suplicó don Melquiades que
compusiera el despertador y con el despertador me dormí.

CLARA.—Tú haciéndole siempre favores a todo el mundo, y
tu familia que la parta un rayo.

PÁNFILO.—No alces la voz que vas despertar al vecino.

CLARA.—¡Bueno está el vecino! ¿A qué hora te pidió anoch
hospitalidad?

PÁNFILO.—A las tres y cuarto.

CLARA.—¿Tan tarde?

PÁNFILO.—Eso le dije yo: Amigo Moisés, mi casa está siem-
pre a la disposición de usted, y yo le he dao un llavín de es-
ta puerta, porque me parece una injusticia que le dejen a us-
ted sus tíos en la escalera, por venir a su casa a la una y media

pero, francamente, recogerse a las tres de la mañana, me parece un abuso.

CLARA.—Claro. ¿Y él que contestó?

PÁNFILO.—Me contestó con un chiste malísimo. Como está de meritorio en ese teatro donde no se hacen más que astra-kanadas... Me dijo que venía a esa hora, a propósito, porque ya que no le habrían a la una ni a las dos, a ver si le habrían a las tres.

CLARA.—(*Mirando a Moisés con ternura.*) ¡Tiene unas caídas!...

PÁNFILO.—¿Ves? También tú te enterneces. Eres hija mía, hija mía.

CLARA.—Sí; pero hoy me he levantado dispuesta a hacerte cambiar de vida. Porque esto no puede ser, papáito; tú trabajas mucho, pero vamos para atrás, como los cangrejos. En la oficina, al único ordenanza que no le han subido el sueldo, es a ti; y como cuando sales de la oficina te dedicas a hacerle chapuzas y favores a todo el mundo, sin pensar en tu beneficio, pues estamos de una conformidá, que en casa no hay un gordo, padre. Menos mal que vivimos en este cuarto tan hermoso, porque te lo dan de balde para que lo acreditemos.

PÁNFILO.—Sí; dicen que había duendes...

CLARA.—Qué duendes, ni qué narices, padre, caramba; ni que fuera yo tonta... La casa estaba desacreditada, porque primero hubo aquí un centro espiritista y luego un centro de... sinvergonzonas. Las cosas claras. Creerás tú que me chupo yo el dedo. Eso de los duendes está bien para Dominga, tu sobrina, que la pobre... Por cierto..., ¿qué has hecho tú esta noche en el cuarto de Dominga?

PÁNFILO.—¿Yo?... ¡Ah! Sí. Que puso el sofá, donde duerme, pegado a la alacena donde yo guardo las herramientas y los cachivaches, necesité estas tablitas, entré en el cuarto, la llamé, no se despertó y entonces tiré del sofá y lo separé de la alacena para coger lo que necesitaba.

CLARA.—Pues hijo, tiene un susto... Como ella cree que lo de los duendes es verdad y se acostó en un sitio y se ha despertado en otro, pues, caramba...

PÁNFILO.—Ahora le diré yo...

CLARA.—No le digas nada. Recuerda que ayer nos estuvo contando que ella dormía así... y asao. Si ahora le dices que has entrado a media noche en su cuarto, puede creer...

PÁNFILO.—Si le digo que entré por estas tablitas...

CLARA.—Mira, un hombre viudo, como tú, guapo, como tú y casi joven, como tú, no debe entrar a ciertas horas en el cuarto de una muchacha... ni por tablas. Mejor será que te calles.

Escucha, y a ver cuándo podemos comprarle una cama a la infeliz, porque desde que su padre la trajo está durmiendo en ese sofá que yo no sé cómo puede. (*Al ver que Moisés se rebulle y desespera.*) Vamos, ya era hora, carambita.

MOISÉS.—(*Abriendo los ojos y bostezando.*) ¡Aaaaah!... Buenos días.

CLARA.—Buenos.

PÁNFILO.—Buenos días, amigo Moisés.

CLARA.—Se le han pegado a usted las páginas.

MOISÉS.—(*Desperzándose brutalmente.*) Sí...

CLARA.—(*Encantada.*) ¡Es elegante hasta en sus movimientos despertatorios!

MOISÉS.—(*Haciendo gestos de tener el cuerpo molido.*) Caracoles, amigo Palomeque; a ver cuándo arregla usted este muelle del centro, porque se me clava de un modo... (*Vuelve a bostezar.*) ¡Estaba soñando una cosa más bonita!...

CLARA.—(¡Tú sí que eres bonito!) ¿Qué soñaba usted?

MOISÉS.—Que estaba en alta mar. No sé lo que significará ese sueño.

CLARA.—Pues hijo, que estaba usted lejos del muelle, que es lo que le estaba molestando.

MOISÉS.—(*Riendo nerviosa y graciosamente.*) ¡Ji, ji, ji!... De muy buena clase, Clarita. (*A Pánfilo.*) Esta Clara da siempre en la yema...

DOMINGA.—(*Una muchacha bien parecida y en traje de casa, por el corredor de la derecha.*) ¿Me quieres ayudar a poner el sofá en su sitio?

CLARA.—Sí.

DOMINGA.—Buenos días, a todo esto.

PÁNFILO.—Buenos días, sobrina.

MOISÉS.—¿Ha descansado?

DOMINGA.—¡Quiá! Usted no sabe lo que es dormir en un sofá.

MOISÉS.—Yo sé lo que es dormir en una butaca, que es peor.

DOMINGA.—¡Ah! ¿Pero usted es?...

MOISÉS.—Sí, joven, sí. Puede usted decir, parodiando a Calderón:

Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que estaba un pollo durmiendo
en la silla que él dejó. (*Risas.*)

DOMINGA.—Muy ocurrente. (*A Clara.*) Es muy simpático, ¿verdad?

CLARA.—(*Celosa.*) Sí, sí; hala, vamos por el sofá. Si viene

lguien no conviene que esté esto tan desmantelado. Anda, anda... (*La empuja y se la lleva por el corredor de la derecha.*)

MOISÉS.—Esa chica es sobrina de usted, ¿no?

PÁNFILO.—Hija de mi cuñado Tesifonte, el sereno de esta calle.

MOISÉS.—No sabía yo que Tesifonte fuera cuñado de usted.

PÁNFILO.—Es viudo de una hermana de mi pobre difunta, que esté en gloria. Tiene esta única hija, que es un poco loca, y como él no puede vigilarla por la noche, por el aquél de su destino, ni de día, entre otras cosas, porque tiene que dormir, y la muchacha se ha echado un novio señorito, pues de la ha traído aquí para que yo esté al tanto...

MOISÉS.—Claro.

DOMINGA.—(*Entrando en escena con CLARA, transportando un viejo sofá tapizado de una apolillada tela roja.*) ¡Lo que es esa!

CLARA.—Los años, que pesan muchísimo. Pongo aquí. (*Lo colocan en el centro de la escena, un poco a la derecha.*)

PÁNFILO.—¿Qué años? ¡Siglos! Se lo compré al guardarropa del teatro Español cuando me casé. Seis duros me costó. Con este sofá han hecho el Tenorio más de cuarenta años, y tiene quedas de cuando representaban no sé qué obra de magia...

DOMINGA.—Lo que tiene son unos muelles que no valen nada.

CLARA.—Como que por seis duros iba a tener el muelle de Málaga y el de Barcelona. ¡Nos ha fastidiado!...

DOMINGA.—¡Más escamada me tiene a mí este sofá!... Porque esta noche pasada...

CLARA.—(*Atajándola.*) Mira, haz el favor de preparar el desayuno, que eso es de tu incumbencia, y luego seguirás la conversación.

DOMINGA.—Bueno, mujer; no atosigues, caray.

CLARA.—Es que a ti en dejándote hablar... (*Se va Dominga por el corredor de la derecha.*)

MOISÉS.—Yo también voy a subir a ver si mis queridos tíos quieren hacerme la merced del chocolate.

PÁNFILO.—Su tío de usted está ya bien del todo, ¿no?

MOISÉS.—Sí, señor. En cuanto le extrajeron la bala se quedó perfectamente. Ya hace su vida ordinaria.

CLARA.—El balazo se lo dieron en una cacería, ¿verdad?

MOISÉS.—Se lo dieron en "La Cuadra", una aldea cercana a Reinosa, que se llama así, y donde estaban cazando lobos. Bueno, eso es lo que él dice; pero yo creo que...

PÁNFILO y CLARA.—(*Curiosos.*) ¿Eh?

MOISÉS.—Yo tengo la sospecha de que... (*Consultando su reloj.*) Luego se lo contaré a ustedes, porque son ya las diez

y media y si subo a casa despues de esta hora me quedo s
desayuno.

CLARA.—(*Cariñosamente.*) ¿Es posible?

MOISÉS.—¡Anda! ¡Le digo a usted, guardia!... Hasta pront
(*Mutis izquierda.*)

CLARA.—(*Contrariadísima.*) No se le ha ocurrido más q
llamarme guardia...

PÁNFILO.—Bueno, tengo libre la mañana, porque hoy ha
servicio de tarde y de noche. (*Levantándose.*) Aprovecha
para llegarme a casa de Paco López para componerle al chí
la bicicleta; iré luego a la paragüería de Filomena, que no
lo que la ocurre en la instalación de la luz, y después aco
pañaré a Marcelino, mientras la mujer va a la compra. No
posible dejarle sólo porque cada día está más chiflao. Ant
estaba inventando el procedimiento de embotellar vaho pa
lijar cristales, y ahora está empeñado en que las ostras tien
cosquillas y que dándoles en el sitio, con sólo llegarles,
abren en seguida. ¡Pobrecillo!

CLARA.—Total: la mañana al servicio del prójimo, como si
pre; todo de balde, como siempre, y a tu hija que la parta
rayo, como siempre.

PÁNFILO.—Mujer, por Dios, cualquiera que te oyese...

CLARA.—Mira, padre; tú eres un atontao, que no sirves
vivir en el mundo, porque te pasas la vida sacrificándote p
todos tus amigos, y si tú algún día necesitaras de ellos te iba
a mandar a escardar cebollinos.

PÁNFILO.—No digas eso.

CLARA.—Has la prueba. Raro es el día que no haces ocl
o diez favores. ¿Por qué no pides tú uno sólo, vamos a ver?

PÁNFILO.—Pero... ¿qué iba yo a pedir?...

CLARA.—¿Por qué no le dices a todos esos que te traen y
llevan, como si fueras un criado de ellos, que tienes un reum
muy fuerte, que el médico te ha mandao ir a Alhama y q
no puedes ir porque no tienes ni linda gorda? Anda; ver
cómo el que más te dice: "Que usted se alivie, amigo."

PÁNFILO.—Estoy seguro de que me ayudarían. Lós amig
son para las ocasiones.

CLARA.—Pa las ocasiones que a ellos les convenga. ¡Nos
fastidiao!... No hay uno que tenga corazón ni vergüenza.

PÁNFILO.—No digas eso.

CLARA.—¡Ni uno! Y si no, haz la prueba.

PÁNFILO.—Mira, me repugnan los engaños; pero como r
deber es educarte, para que te convenzas de que estás equ
vocada, voy a seguir tu consejo. (*Sentándose a la mesa y e
volviéndose los pies en una manta que le da Clara.*) ¡Ea! E

toy baldado de reuma y necesito ir a Alhama; no hay más que hablar.

CLARA.—Gracias a Dios que vas a convencerte, hombre. Ahora vas a ver lo que es bueno.

DOMINGA.—(*Por el corredor, con un servicio de desayuno.*) Tío, ¿va usted a tomar el café aquí o en el comedor?

CLARA.—Aquí, mujer. Está el pobre con un reuma que no puede moverse.

DOMINGA.—Esa es fruta del tiempo. También Honesto tiene la ciática revuelta.

CLARA.—¿Quién es Honesto?

DOMINGA.—Mi novio. Por cierto que me ha dicho que va a venir luego a hablar con usted, porque esas cosas que dice mi padre de él son verdaderas calumnias y él quiere sincerarse... (*A Clara.*) ¿Vienes a desayunarte?

CLARA.—Sí; para allá voy.

DOMINGA.—(*Haciendo mutis por el corredor canturreando.*) Soy la garçon, con, con... (*Vase.*)

CLARA.—Ya has visto la importancia que le ha dado Dominga a tu reuma. ¿Comienzas a ver claro? Tú estás en las nubes y cuando aterrices vas a ver que aquí, la del talentó soy yo. ¡Yo!...

PÁNFILO.—Menuda sorpresa vas a llevarte cuando veas que todos se interesan por mí.

CLARA.—Después que desayune te contestaré. (*Haciendo mutis por el corredor.*) Del desengaño vas a llorar. ¡Los amigos! ¡Sí, sí!... ¡A mí! ¡Vamos! ¡Narices! (*Mutis.*)

PÁNFILO.—(*Echándole azúcar al café.*) No tienes razón. La gente es buena y agradecida... ¡Caramba, tengo hambre! Claro, desde anoche a las ocho... (*Mueve el café.*) Buena cara tiene este suizo. (*Al ver a Moisés, que entra en escena por la izquierda.*) ¿Eh? ¿Tan pronto de vuelta?

MOISÉS.—Sí, señor. Vuelvo pronto, primero porque se lo prometí, y segundo porque al hacerlo obedezco a mis tíos.

PÁNFILO.—Eso me gusta.

MOISÉS.—Sí; porque es que subí, le dije a mi tío que no conseguía nada con no abrirme por la noche la puerta, porque usted me había dado una llave de su casa y me había destinado un hermoso sillón para que me sirviera de cama, y él, echándome a puntapiés, me dijo: "Pues donde te dan cama, que te den también el desayuno..." Y aquí estoy.

PÁNFILO.—(*Echándole mano a la taza de café y bebiendo un sorbo.*) ¡Qué lástima!... Dudo que haya más café...

MOISÉS.—(*Cogiendo el suizo y comiéndoselo.*) No, si a mí las cosas líquidas, no...

PÁNFILO.—(*Bebiendo otro sorbo.*) Siento haber empezado a beber...

MOISÉS.—(*Digno.*) Le advierto que a mí no me da asco de usted. Si lo dice por eso, de ninguna manera.

PÁNFILO.—No; si yo no...

MOISÉS.—(*Cogiéndole la taza.*) Que no, hombre. Yo no puedo permitir que quede flotando esa duda. A mí no me da asco de usted. (*Se bebe el café.*) Así se demuestran las cosas, don Pánfilo.

PÁNFILO.—Sí, no cabe duda. Encima le tengo que dar a usted las gracias.

MOISÉS.—¡No faltaría más! Todo lo de usted me satisface a mí muchísimo, porque es usted un santo, amigo Palomeque. Y no un santo de esos corrientes, sino de los de repique gordo; de los de ayuno y abstinencia.

PÁNFILO.—(*Contemplando tristemente la taza vacía.*) Ya, ya... Pero ¿por qué serán sus tíos de usted tan rigoristas?

MOISÉS.—Porque tienen razón que les sobra, don Pánfilo. ¡Soy un canalla, un miserable, un felón!... ¡Sí; un felón, un felón! Les he engañado vilmente. Ellos creían que yo estaba preparándome para Aduanas, y cuando han sabido que lo que hago es trabajar como meritorio en el teatro Maravillas, han montado en cólera de un modo que yo creo que me van a romper algún hueso.

PÁNFILO.—¿Y por qué ha dejado usted los estudios, amigo Moisés?

MOISÉS.—Porque me tira el arte, don Pánfilo. Yo llevo dentro un artista muy grande. Yo creo que con el tiempo he de ser un Calvo.

PÁNFILO.—¿Y no habrá en todo esto alguna mujer?...

MOISÉS.—No la había, pero... ¡Ay!

PÁNFILO.—¿No lo dije?

MOISÉS.—Digo, que hace ocho días pidió trabajo en Maravillas, como conjuntista, una mujer... ¡Qué mujer, señor Palomeque!... Gallarda, curvosa, protuberante, franjible de cintura, sedefia de cabellos... ¡Un monumento! Además, la envuelve el misterio más impenetrable. ¿De dónde viene? ¿Cuál es su estado?... ¿Cómo se llama?... Porque ella dice que se llama Salmodia Cantos; pero eso es música. Nadie sabe nada de ella. Llegó al teatro como pajarillo aterido, se acogió a mí porque leyó la bondad en mis ojos, y como he querido ampararla y dárme las de rico, pues he tenido que abstraer a mi tío, para el pignoramiento consiguiente, algunas cosas de valor.

PÁNFILO.—(*Aterrado.*) ¡Pero, amigo Moisés!...

MOISÉS.—¡Ladrón por ella!... ¡Horroroso, amigo Palomeque!

Nunca fui listo; pero ahora estoy completamente encuadrado. Y lo peor es que le he hecho creer que le he alquilado un hermoso cuarto y que se lo voy a amueblar a la última.

PÁNFILO.—(Como antes.) ¡Jesús, Jesús!...

MOISÉS.—¡Soy un canalla!... ¡Un canalla!...

PÁNFILO.—(Al ver a CLARA, que entra en escena por el corredor de la derecha.) Cuidado. Mi hija.

CLARA.—¿Eh? ¿Ya está usted aquí? ¡Cuánto le agradezco que acompañe a mi padre, porque ya que él no puede salir!...

MOISÉS.—¿No? ¿Pues qué le sucede?

CLARA.—¿Cómo! ¿Pero no le ha dicho a usted que está baldado?

MOISÉS.—¿Eh?...

PÁNFILO.—Por no apesadumbrarle...

CLARA.—Pues sí: un reuma espantoso. El médico dice que si hoy mismo nos fuéramos a Alhama, tal vez lograría algún alivio... Pero, figúrese usted; sin recursos cómo vamos a ir a Alhama ni a ninguna parte... Ganas de decir tonterías. Si al menos tuviéramos para comprar un kilométrico y luego para...

MOISÉS.—(Que está haciendo visajes y echando sus cuentas.) (¡Ya está!... ¡Pero que ya está! ¡Claro!...) Hasta luego.

PÁNFILO.—¿Eh?...

CLARA.—¿Pero no acompaña usted a mi padre, que está baldado?...

MOISÉS.—¡Bah! Eso no es nada. Hasta después. (Mutis por la izquierda.)

CLARA.—¿Ves? ¿Estás viendo?

PÁNFILO.—No veo nada. Moisés está lleno de preocupaciones y...

CLARA.—Que es un ingrato y un sirvergüenza, como todos, y su ingratitud me duele más que la de todo el mundo, porque... ¡Ay, papaito!... (Se echa a llorar.)

PÁNFILO.—¿Eh? ¿Por qué lloras? ¿Qué quieres darme a entender, hija mía?

CLARA.—(Abrazándole.) ¡Ay, padre; que estoy por sus pedazos que me desencuadernó!

PÁNFILO.—(Dándole un empujón.) ¡Clara!...

CLARA.—Que yo no tengo la culpa, papá. Es un tipo que, vamos, tú no entiendes de hombres, papá, ni Dominga tampoco; pero después de Douglas y Novarro, no hay más hombre que Moisés Asín.

PÁNFILO.—Calla, Clarita, calla; que no sabes lo que dices. Moisés es un...

CLARA.—¡¡No lo insultes!!

PÁNFILO.—¿Eh?

CLARA.—¡Que no lo insultes, porque abro ese balcón y me tiro a la calle!

PÁNFILO.—(Aterrado.) ¡Pero, criatura!

CLARA.—Tú no sabes hasta qué punto estoy colada por ese hombre. ¡Porque es que estoy colada, colada! (Llaman a la puerta.)

PÁNFILO.—(¡Qué conflicto!)

CLARA.—Sí, señor. (Abriendo la mirilla.) Voy a ver quién es. (Mira.) ¡Atiza!

PÁNFILO.—¿Quién es?

CLARA.—Onofre, el portero, con un sacerdote.

PÁNFILO.—¡Qué raro! (Clara abre la puerta y entran en escena ONOFRE, portero de la casa, hombre de mediana edad, y SACRISTÁN, sacerdote joven, que usa grandes gafas negras.)

ONOFRE.—Buenos días, amigo Pánfilo e hija.

PÁNFILO.—Buenos días, Onofre y padre.

SACRISTÁN.—Buenos días.

CLARA.—La mano, padre.

SACRISTÁN.—(Rehuyendo el beso.) Deje, no...

CLARA.—(Insistiendo.) ¡No faltaría más! Con lo católica que yo soy... (Le besa la mano.)

ONOFRE.—Pues aquí vengo yo con este paisano que desea pedirle a usted un favor.

PÁNFILO.—Si de mí depende... Pero, siéntense.

CLARA.—Aquí en el sillón, padre.

SACRISTÁN.—(Sentándose.) Muchas gracias.

ONOFRE.—Con su permiso. (Se sienta también.)

PÁNFILO.—Bueno, pues ustedes me dirán...

ONOFRE.—(Dudando.) Pues... ¿Podemos hablar delante de la muchacha?

PÁNFILO.—Según de lo que se trate. Claro, que de todos modos van ustedes a hablar delante de ella, porque ella es muy curiosa y si le decimos ahora que se vaya, se va a quedar escuchando por ahí...

CLARA.—Toma; eso es viejo. ¿Para qué andar con rodeos? Como que estoy muerta de curiosidad.

ONOFRE.—(A Sacristán.) ¿Qué hacemos?

SACRISTÁN.—Hablar, Onofre, hablar. No hay tiempo que perder.

ONOFRE.—Bien, pues allá va. En primer lugar diré a usted, amigo Palomeque, que el señor viste esa ropa indebidamente, porque no es cura.

PÁNFILO.—¿Eh?

CLARA.—¡Anda leñe! Y le he besao yo la mano y todo.

ONOFRE.—Es el señor Sacristán, de Reinosa.

CLARA.—Menos mal.

PÁNFILO.—¡Bah! Siendo sacristán...

ONOFRE.—Es que es Sacristán de apellido.

CLARA.—¡Mi madre!

ONOFRE.—Este señor es don Cándido Sacristán y Bustante, una de las personas de más significación de la provincia de Santander. (*Sacristán, que se ha quitado las gajas, hace una reverencia. Pánfilo y Clara le contestan de igual forma.*) Mi familia ha servido a la suya durante muchos años; particularmente, le debo un porción de favores, y ahora me se encuentra en un apuro grandísimo, quiero yo hacer por él los imposibles del mundo.

PÁNFILO.—Pues si en algo puedo serles útil...

ONOFRE.—¡Ya lo creo!

CLARA.—(*Que está de pie junto a Pánfilo.*) No te cojas los dedos, no te cojas los dedos.

ONOFRE.—Usted puede hacer mucho porque usted es ordenanza de un ministerio, y como los ministros son amigos entre sí unos y otros están atentos a lo suyo y a lo de los otros, porque en eso están las concomitancias del mundo, si usted pide al suyo que le pida a otro algo que puede hacer el otro y no el suyo, el otro lo hace por cumplir con el suyo y poder luego pedir al suyo algo que le importe al otro; el otro cumple con usted, usted cumple conmigo y yo cumplo aquí con don Cándido. Las concomitancias.

PÁNFILO.—Bueno; pero...

ONOFRE.—Además, que lo que hay que pedir no es gran cosa: que la policía no persiga aquí al señor Sacristán y que le avisque a su señora que, por todos los indicios, se encuentra en Madrid, porque es el caso que... (*A Sacristán.*) Hay que contarle todo, don Cándido.

SACRISTÁN.—Yo lo contaré.

ONOFRE.—Pero no se ponga usted nervioso, porque en cuanto se pone usted nervioso principia usted a confundir las palabras y acaba uno sin entender lo que quiere usted decir.

SACRISTÁN.—Estoy tranquilo, Onofre. Soy dueño de mí.

ONOFRE.—En ese caso...

SACRISTÁN.—Sepa usted, señor de Palomeque, que hace veinte años le pegué un tiro a un hombre.

CLARA.—¡Joroba!

PÁNFILO.—¡Caramba!

SACRISTÁN.—(*Nervioso.*) ¡Yo, sí, yo!... Rodó a mis pies examine..., examine... No es examine, es lo otro, sin examine: examine... ¡¡Tampoco!! (*Palomeque le va quitando de la mano*

los distintos objetos que coge de la mesa y agita nerviosamente.)

ONOFRE.—Vamos, vamos; tranquilidad.

SACRISTÁN.—Claro que el tiro no iba dirigido a él, sino ella, a mi esposa.

CLARA.—(Asustada.) ¿Eh?...

SACRISTÁN.—Sí, a mi esposa; a la esposa adulta..., adulta. ¡No es adulta! Es aquello... ¡¡Aquello!! ¡¡¡Adulta!!!

ONOFRE.—¡Caray, don Cándido!

CLARA.—(¡Mi madre!)

SACRISTÁN.—Yo vivo con mi mujer en Reinosa, ¿sabe usted?; pero me había trasladado a Santander, porque en un casita que tengo en el Sardinero, y que estaba arreglando me habían puesto los obreros una bomba... (Sigue accionando con las herramientas que tiene en la mesa Pánfilo, el cual las va quitando y guardándoselas en los bolsillos.)

CLARA.—¡Jesús!

PÁNFILO.—¡Caracoles!

SACRISTÁN.—Una bomba para sacar el agua y quería ver cómo funcionaba.

CLARA.—¡Ah, vamos!

SACRISTÁN.—Ella había quedado en Reinosa; pero enterada sin duda, de que en los alrededores de nuestra finca del monte estaban de cacería los socios de esa Sociedad cinegética. cinegética "La Camama..., la Camama..." ¡Esto de los cachuchos!... "¡La Camama de Oro!"... Como a ella le encantaban las aventuras y los "flir" y buscaba sin duda un filisteo un felisteo..., ¡¡un felesteo!..., se marchó a la finca y allí la sorprendí yo filisteando con aquel miserable... ¡¡Qué horror!! ¡Pum!... ¡Ay! Sangre..., muerto soy..., ¡socorro, aquí! Ella huye... Yo huyo... Maldición... ¡La caraba!... ¡¡Qué escanto!! (Queda como aletargado.)

CLARA.—¿Pero se murió el de "La camama?"

SACRISTÁN.—Ha estado a la muerte. Yo me oculté; de ello no ha vuelto a saber nadie, y aunque dicen que los cazadores declararon que lo del tiro fué un accidente de caza, yo no me fío. Eso es una celada para que yo me presente y caiga en el carlito..., en el carlito... O es que desean ellos tomar la justicia por su mano, que es peor. No, no; ni lo uno ni lo otro: ni la justicia ni la venganza. Quiero buscar a mi esposa, que sé que está en Madrid; quiero arreglar con ella el fríamente, la cuestión de intereses, y luego, libre y solo quiero remontar mi vuelo como las águilas..., como las águilas... ¡¡Como las águilas!!

CLARA.—(Está como un cenorro..., cenorro..., ¡¡cencerro!

ONOFRE.—Yo le he dicho a don Cándido, que mientras esté en Madrid, lo ocultaré en mi casa como pueda, cosa que no es fácil porque, como yo no tengo más que dos habitaciones y somos cinco de familia... Pero, en fin, ya nos arreglaremos. El lo que desea es que hoy mismo hable usted con su ministro y le pida...

CLARA.—¿Quién? ¿Mi padre? ¿Pero no saben ustedes que mi padre no puede dar un paso?

ONOFRE.—¿Eh?

SACRISTÁN.—¿Qué?

CLARA.—Que está baldado de reuma: completamente baldado. Dice el médico que si no va a Alhama inmediatamente es nombre perdido.

ONOFRE.—¡Pa chasco!...

PÁNFILO.—¡La vida, amigo Onofre!

CLARA.—Si pudiéramos nos iríamos hoy mismo, pero...

SACRISTÁN.—*(Levantándose de un salto.)* ¡Sí! *(Cogiendo un rollo de alambre de la mesa.)*

TODOS.—¿Eh?

SACRISTÁN.—No, nada... *(El se marcha, yo puedo ocultarme...)* *(A Onofre, resueltamente.)* Vámonos. Mucho gusto. Buenos días.

ONOFRE.—¡Pero, don Cándido!...

SACRISTÁN.—¡Vámonos! *(Mutis por la izquierda, poniéndose el rollo de alambre como si fuera el sombrero.)*

PÁNFILO.—¡Eh! ¡Eh!... El alumbre...; digo, el alambre...

ONOFRE.—¡Está de unos nervios!... En fin, paciencia. Hasta luego. *(Vase, cerrando la puerta.)*

CLARA.—¿Ves? ¿Te convences? Ni siquiera un "usté se alivie". Nada, hombre: no hay más que egoístas y sinvergüenzas y algún que otra primavera, como tú.

PÁNFILO.—Mujer, por Dios, con lo preocupadísimo que están...

CLARA.—Sí; pero en cuanto vieron que no podían sacar raja, cataplán, vámonos, mucho gusto, buenos días y ahí queda eso. ¡A la porra, hombre!

DOMINGA.—*(Por el corredor de la derecha.)* Aquí está mi padre, tío Pánfilo. Ya le he dicho que anda usté con el reuma y dice que no tiene importancia.

TESIFONTE.—¿Se puede?

PÁNFILO.—Adelante, Tesifonte.

TESIFONTE.—*(Hombre como de cincuenta años y con cara y bigotes de sereno.)* ¿Pero qué es eso, Panfilete? ¿Con dolores a toas horas? ¡Caray, que sicalfítico!

CLARA.—¿Pero es que se va usté a venir con chistes, sa-

biendo que mi padre está en un ¡ay! y sin poder ir a Alham como quiere el médico?

TESIFONTE.—Dispensa, mujer. ¡Ni que fuera tu padre el primer reumatista del mundo! ¡Caray con ésta, tú! (*A Pánfilo.*) ¡Adónde te duele?

PÁNFILO.—Aquí... Más abajo..., más arriba... y luego más abajo.

TESIFONTE.—Sí; en el tendón de Alquiles, que es muy doloroso. Ahí tuve yo también el ataque; ahí y en la "rétula izquierda; pero hice un "turdifor", me largué a los baños y me quedé como nuevo.

CLARA.—Sí; pero como nosotros no podemos hacer el "turdifor", como usted dice.

TESIFONTE.—Pues entonces "saciatí goñi esperanza", que escribí el "Deante", o chincharse, que decimos los sepulcristas. Malo es que duela una pata; pero peor es no tener la pata.

CLARA.—Peor es tener "patas", siendo uno una persona que es lo que le sucede a muchos que yo conozco.

TESIFONTE.—Sí, sí. (*Por Dominga.*) ¡Y ésta, cómo se porta?

PÁNFILO.—Muy bien.

TESIFONTE.—Pues ojo con ella, y si se desliza, mano fuerte y si se acerca por aquí el sinvergüenza del novio, le parte la cabeza a ella y a él, y dices luego que he sido yo.

PÁNFILO.—¡Pero, hombre!

TESIFONTE.—Se está poniendo la juventud, que va a volver a caer fuego del cielo como cuando Zamora y Redoma.

CLARA.—La verdad es que no sé por qué le ha tomado usted esa hinchazón al novio de Dominga, que, después de todo, no es más que un muchacho como otro cualquiera. A ver si en la última hora resulta verdad eso que dicen por ahí...

TESIFONTE.—¿Qué dicen?

CLARA.—Que eso de la oposición de usted no es más que una comedia; que usted no quiere tener en su casa a la chica que que no vea la que se trae usted con Consejo, la prestamista esta tía usurera que presta al cien por uno y que es más mal que un cólico de queso.

TESIFONTE.—¡Niña!... ¿Pero tú oyes esto, Pánfilo?

PÁNFILO.—Yo, con el reuma, Tesifonte, ni oigo ni veo.

TESIFONTE.—(*A Clara.*) Pues haz el favor de callarte y no hacer caso de calumnias. ¡Pues hombre! Y vamos a ver que me trae.

PÁNFILO.—Tú dirás.

TESIFONTE.—Pues que los del veintiuno, esos cubanos tan ricos, han traído de Nueva Yorke un aparato de radio, des-

conocido en España, y están desesperaos porque no lo saben manejar. Coge la onda cuando quiere, la suelta cuando le da la gana, salta de Londres a Sevilla y de Sevilla a Braga, sin que nadie le toque.

CLARA.—¿Adónde?

TESIFONTE.—A Braga, capital de Viena. Y arman las ondas un lfo de tal calibre dentro del aparato, que la otra noche quisieron oír Marina y lo que oyeron fué un discurso de Musolini, sólo que en vez de hablar lo entonaba todo con la música de

Costas las de "Alevante",
plagas la de "Llorete";
dichosos los ojos
que vuelven a "vete".

PÁNFILO.—¿Caray, qué cosa tan rara!

TESIFONTE.—Luego te traerán el aparato pa que tú lo examines, lo observes unos cuantos días y emitas tu opinión. (*Llaman a la puerta.*) Puede que esté ahí.

CLARA.—(*Abriendo la puerta de la izquierda y sorprendiéndose al ver a DOÑA BALBINA y a DON CARLOTO.*) ¿Eh?...

DON CARLOTO.—¿El señor de Palomeque?

CLARA.—Hagan el favor de pasar.

TESIFONTE.—Bueno, pues ahí sus quedáis. Que te alivies, Pablillo. (*A Dominga.*) Acompañame, niña, que me marchó por la escalera interior.

PÁNFILO.—Adiós, Tesifonte. (*Al mismo tiempo que entran en escena Balbina y Carloto, un matrimonio bastante estirado y machucho, se va por la derecha Tesifonte, acompañado de Dominga.*)

DON CARLOTO.—(*Reverencioso.*) Señor...

PÁNFILO.—(*De pie ante la mesa.*) Caballero...

DOÑA BALBINA.—(*Idem.*) Muchas gracias. (*Se sientan los cuatro.*)

DON CARLOTO.—Ya supondrán ustedes a lo que venimos. Se han erigido ustedes en protectores de nuestro peque...

PÁNFILO.—¿Eh?...

DON CARLOTO.—Nosotros llamamos así a Moisés desde que llegó de Egipto.

CLARA.—¿Ah! ¿Pero este Moisés?...

DOÑA BALBINA.—Nació en Egipto, donde mi pobre hermano estaba de cónsul.

CLARA.—Ya.

DON CARLOTO.—Nosotros debentós dar a ustedes las gracias por las atenciones que tienen con nuestro sobrino, y nos

creemos también en el deber de justificar ante ustedes lo riguroso e inexorable de nuestra conducta. Porque ustedes, a buen seguro, nos habrán motejado de crueles.

CLARA.—¡Claro!

PÁNFILO.—(*Severamente.*) ¡Clara!

DON CARLOTO.—No somos crueles, joven; puede creernos. Cuanto hagamos para castigar las demasías de Moisés, será poco.

DOÑA BALBINA.—¡Muy poco!

DON CARLOTO.—Rueda barranco abajo hacia el abismo, y nuestra obligación es salvarle.

PÁNFILO.—Antes era muy estudioso, ¿no?

DON CARLOTO.—Sí, señor. Puede decirse que su desidia, su ignorancia, su incuria, comenzó desde que pretendió hacerse cómico. Entonces comenzaron también sus engaños y sus guzmanadas y sus latrocinios; porque sepa usted, señor de Palomeque, que me ha desplumado.

DOÑA BALBINA.—Además, nos consta que ha pedido cantidades a una prestamista, denominada Consejo Tardío, y que la susodicha le amenaza con el escándalo.

DON CARLOTO.—Y dice ésta: Teniendo en casa cuanto necesita, ¿para qué quiere ese dinero? ¿Es que habrá alguna pájara?...

CLARA.—¿Eh?...

DON CARLOTO.—Y como ésta, con cierta clase de pecados no transige.

CLARA.—Y hace muy bien.

DON CARLOTO.—Porque cree que el hombre debe conservarse puro hasta para la que haya de ser su mujercita.

CLARA.—Muy bien dicho ¡Claro! Señora, tiene usted un talento que no le cabe en la cabeza.

DOÑA BALBINA.—Gracias. Como he tenido la fortuna de casarme con un santo, para quien no ha habido en el mundo más mujer que yo...

DON CARLOTO.—Resumiendo, señor de Palomeque: que nosotros, que lo tenemos todo preparado para llevar a Moisés a un correccional, deseamos de usted dos cosas: que nos facilite durante unas horas una llave de ésta su casa para arrancar de ella a nuestro peque, la primera noche que falte a la nuestra, y encerrarle en Santa Rita, y que usted, personalmente, se entere de si hay o no en ese teatracho donde meritoriéa alguna suripanta que le perturba.

CLARA.—¡Qué lástima! No va a poder ser, porque mi padre tiene un ataque de reuma espantoso, y el pobrecito mío no puede moverse...

PÁNFILO.—No, no puedo...

CLARA.—Dice el médico que si no va en seguida a Alhama, se va a quedar baldado para toda la vida.

PÁNFILO.—Sí, para toda la vida.

CLARA.—Y como no podemos ir, porque carecemos de medios...

DON CARLOTO.—Pero lo de la llave...

PÁNFILO.—Sí; eso es otra cosa. Tengo una de más: tome usted.

CLARA.—¡Pero, padre!

PÁNFILO.—Nada: hacen bien en cogerle y en llevárselo... Ahí va la llave.

DON CARLOTO.—(*Cogiéndola.*) La recibo con la misma ilusión que el Rey Santo recibió la de Granada de manos de Boabdil. (*Al alargar el brazo derecho hace un gesto de dolor.*) Aún me resiento de la herida...

PÁNFILO.—Ya sé que en un accidente de caza...

DON CARLOTO.—Sí; en Santander, cerca de Reinosa. Yo pertenezco a una Sociedad cinegética: "La canana de oro". Fuimos de montería, y durante la montería...

CLARA.—Sí; en el dúo...

DON CARLOTO.—¿Cómo?

CLARA.—¡Ay! Usted perdona. Yo creí que hablaba usted de esa función...

DOÑA BALBINA.—No: habla de una cacería.

CLARA.—¡Ah!

DOÑA BALBINA.—Al dejar la escopeta se le enganchó en unas zarzas...

CLARA.—¡Ay que ver!...

DON CARLOTO.—Por fortuna no queda ya más que el recuerdo...

DOÑA BALBINA.—En fin: no queremos cansar más.

PÁNFILO.—¡Por Dios!

DON CARLOTO.—Agradecidísimos... Aquí, y en los ferrocarriles, donde soy ingeniero jefe A., de la serie B., sección F. G. 2...

PÁNFILO.—Muchas gracias. Ya sabe dónde me deja...

DON CARLOTO.—Gracias.

DOÑA BALBINA.—Muy buenas tardes.

PÁNFILO.—A los pies de usted.

CLARA.—Adiós, señora. Buenas tardes. (*Se van por la izquierda, Balbina y Carloto.*) ¿Estás viendo? Otros que ni siquiera te dicen que tomes los salicilatos. Y lo que quieren hacer con el peque, como ellos le llaman, es una canallada. Eso de venir aquí, cogerle y...

PÁNFILO.—Déjalos. Moisés merece que lo encierren. ¿Qué es eso de pignorar objetos y pedir cantidades?...

DOMINGA.—(*Por la derecha, con una caja grande, cuadrada,*

en la que se ven varias llaves y piezas de aparato de radio.)
Tío: han traído esto para usted.

PÁNFILO.—¡Ah! Sí; ponlo aquí con cuidado. (Por la mesa. Al ponerla Dominga sobre la mesa le dan un pequeño golpe.)
¡Cuidado!

DOMINGA.—(Asustada.) ¡Ay!...

EL APARATO.—(Lúgubremente.) ¡Atención! (Suena un violín.)
Relojes, relojes, relojes... (Con música de "La culpa fué de aquel maldito tango", que desde luego es distinta a la que toca el violín.) Para anunciar, Preciados, 24... (En francés.) ¡Aló?
¡Aló!... Douce franc le chapeau. (Recitado en forma de anuncio.) La culpa fué de aquel maldito tango.

PÁNFILO.—¡Señores, qué espanto! (Toca a una de las llaves y suena el redoble de un tambor.) ¡Caray! (Toca a otra de las llaves y cesan los ruidos y la música del violín.) Tenía razón Tesifonte; hay aquí un lío de ondas que me río yo.

DOMINGA.—¿Qué le digo al que lo ha traído?

PÁNFILO.—Díle que está bien.

CLARA.—¡Por Dios, padre! ¿Qué va a estar bien ese cacharro?

PÁNFILO.—Mujer, es un decir.

DOMINGA.—Comprendido. (Medio mutis.) ¡Ah! Que también ha traído esta carta para usted... (Se la da.) Tome usted. Voy a despachar a ese del aparato... (Mutis por la derecha.)

PÁNFILO.—(Examinando el sobre de la carta.) ¡Eh?... ¿Es del jefe del personal? (Se dispone a abrirla y suspende la faena al ver que se abre la puerta de la izquierda y entra MOISÉS precipitadamente.) ¿Qué?

MOISÉS.—(Radiante y un poco fatigado por la carrera que acaba de dar.) Ahí tiene usted. (Le alarga unos papeles.) Dos billetes gratuitos para trasladarse a Alhama esta misma noche.

PÁNFILO.—(Boquiabierto.) ¿Eh?

CLARA.—(Idem.) ¿Qué?

MOISÉS.—A las nueve sale el tren.

PÁNFILO.—¿Pero?...

MOISÉS.—Yo iré a la estación a despedirle.

PÁNFILO.—(Emocionado.) ¡Moisés!... ¡Corazón de panes de oro!

MOISÉS.—La salud de usted es para mí lo primero de todo. Ahora voy a subir a ver si ablando a los tíos...

PÁNFILO.—(¡Es un buen muchacho! Luego le diré que...) (Se pone a examinar los billetes.)

CLARA.—(*Que está junto a la puerta de la izquierda.*) ¡Moisés!

MOISÉS.—¿Eh?

CLARA.—Ese rasgo de usted...

MOISÉS.—No vale nada. Adiós: en la estación nos veremos.

CLARA.—Moisés...

MOISÉS.—¿Qué?

CLARA.—No sé cómo decirle lo que hace tiempo procuro disimular.

MOISÉS.—¿Eh?

CLARA.—(*Avergonzada.*) ¿No lo adivina usted?

MOISÉS.—(*Comprendiendo.*) (¡Atiza!) No...

CLARA.—Yo quisiera que en este momento fuera usted una mujer...

MOISÉS.—¡Clarita!

CLARA.—Y yo un hombre para... Salga usted para cerrar yo la puerta cuando se lo diga.

MOISÉS.—Bien. (*Sale de escena, y queda con la cabeza asomada y con una mano agarrada al quicio de la puerta.*) Diga lo que sea.

CLARA.—(*Avergonzada y nerviosa.*) Para poder decirle, sin que a nadie le extrañase: ¡Moisés, estoy enamorada de usted! (*Cierra de golpe la puerta y le coge la mano a Moisés.*) (¡Qué vergüenza!) (*Se apoya en la puerta.*)

MOISÉS.—(*Dentro, gritando.*) ¡Ah!

CLARA.—(¡Qué efecto le ha producido!)

MOISÉS.—¡Clara! ¡Abra usted!

PÁNFILO.—¿Eh? ¿Qué sucede?

CLARA.—Que le he dicho que me gusta.

PÁNFILO.—¡Pero, criatura!

MOISÉS.—(*Dentro.*) ¡Abra usted!... ¡La mano! ¡¡La mano!!

CLARA.—¿La mano? ¿Tan pronto? ¿Usted oye, padre?

PÁNFILO.—De ninguna manera, hija mía. Es un fresco...

MOISÉS.—(*Como antes.*) ¡¡La manooooó!!

CLARA.—Anda, qué fuerte le ha dado... (*Abre.*)

MOISÉS.—(*Entrando como loco, sacudiéndose la mano derecha y con la boca abierta como vaheando.*) ¡Aaaaah!...

CLARA.—¡Ay, válgame Dios! ¡Los dedos! ¡Le he cogido los dedos!...

MOISÉS.—(*Como antes.*) ¡Aaaaah!... (*Se va por la izquierda como loco.*)

ONOFRE.—(*Entrando por la izquierda.*) ¡Mi madre! ¿Qué le pasa a don Moisés, que va echando el aliento como pa empañar toas las vidrieras?

PÁNFILO.—Esta, que le ha entrampillado una mano.

CLARA.—(*Medio llorando.*) ¡Pobrecito!...

ONOFRE.—Bueno; pues aquí vengo yo, que si no me compara usted con el arco iris, me enfado.

PÁNFILO.—¿Eh?

ONOFRE.—Nada; don Cándido Sacristán, que salió de aquí antes muy impresionado, y me manda con estas mil pesetas para que esta noche sin falta salgan ustedes para Alhama.

PÁNFILO.—(*De una pieza.*) ¡Clarita!

CLARA.—(*Idem.*) ¡Papá!...

ONOFRE.—Ahí va el papirazo. (*Le da un billete de mil.*)

PÁNFILO.—¡¡Mil pesetas!... ¿Ves tú?... ¿Te convences?...

CLARA.—Dame, no lo vayas a perder.

PÁNFILO.—Quita, mocosa. (*Se lo guarda.*)

ONOFRE.—Don Cándido no bajará a la estación a despedir a ustedes, porque no quiere exhibirse; pero yo bajaré para ayudarles a subir. ¡Ea! Noragüena y hasta luego.

PÁNFILO.—Gracias, amigo Onofre. Dígale usted al señor Sacristán que desde hoy besaré la tierra que él pise, porque es un santo.

ONOFRE.—Se lo diré, señor. (*Haciendo mutis por la izquierda.*) ¡Pobre gente! (*Vase.*)

PÁNFILO.—(*Perplejo.*) ¿Me quieres decir qué hacemos ahora, hija mía?

CLARA.—¡Anda! Irnos a Alhama. Poco bien que va a sentarnos el cambio de aires. Pides permiso en la oficina, y en paz.

PÁNFILO.—Apañaos son allí. Diez años hace que no faltó ni un solo día, y estoy seguro de que pido permiso y no me lo dan.

CLARA.—Tonto que eres.

PÁNFILO.—Aguarda, que precisamente tengo aquí una nota del jefe del personal... (*Lee para sí.*) ¡Mi madre!

CLARA.—¿Eh?...

PÁNFILO.—¡No puede ser! También es casualidad...

CLARA.—Pero... ¿qué dice?

PÁNFILO.—(*Leyendo.*) “Apreciable Palomeque: Voy a utilizar sus conocimientos de mecánica y luego enviaré a su casa las siete máquinas de escribir que están deterioradas, para que las arregle.”

CLARA.—¡Qué tío fresco!

PÁNFILO.—(*Leyendo.*) “Para que pueda dedicarse por completo a ese trabajo, le relevo de la obligación de venir a la oficina hasta el lunes próximo. Si para ese día están las máquinas compuestas, cuente usted con un ascenso. Suyo afecti-

simo, Juan Sánchez de la Campa." Ya ves, no puedo ir a Alhama. Si compongo las máquinas, me gano un ascenso; pero si no las compongo, qué sé yo que te diga; ese don Juan tiene siete gatos y una gata en el duodeno, y es capaz de...

CLARA.—¿Pero cómo vamos a quedar a los ojos de Moisés y de ese otro señor, padre? Si bajan a la estación y ven que no nos hemos movido de aquí... Y devolver el dinero, eso nunca, papaito. ¡Digo, mil pesetas! ¡Quí! Cuando pasan rábanos, hay que comprarlos, y si te los traen a casa, no gastes guasa.

PÁNFILO.—¿Qué conflicto!... Tú has tenido la culpa. Ya ves que la gente es buena y honrada y caritativa...

CLARA.—Espera, padre, que me anda por la cabeza una idea que puede ser la solución.

PÁNFILO.—¿Eh?

CLARA.—¡Ya lo creo que me anda!

PÁNFILO.—Que no se te canse, hija mía.

CLARA.—En vez de ropas, llenamos dos cestas de provisiones, nos vamos a la estación, nos metemos en el tren, nos ven salir para Alhama; en la estación inmediata nos bajamos, regresamos a Madrid a media noche, procuramos entrar aquí sin que nos vea Tesifonte, cosa sencillísima, y nos pasamos aquí encerrados hasta el lunes, sin que nadie nos moleste. Durante ese tiempo, compones tú las máquinas y la radio y el despertador y todo lo que tengas roto, y quedamos como las propias rosas.

PÁNFILO.—(*Encantado.*) Tienes un talento macho. ¡Déjame que te bese! (*La besa. Rumor de voces dentro.*) ¿Eh?

CLARA.—¿El tío otra vez?

TESIFONTE.—(*Con Domínga, por la derecha.*) ¿Se puede, cuñao?

PÁNFILO.—Adelante, Tesifonte. ¿Cómo tú otra vez por aquí?

TESIFONTE.—Hombre, que salí antes de aquí con el corazón hecho un higo, porque, caray, el ver sufriendo y sin recursos a un hombre como tú es cosa que arruga a cualquiera.

PÁNFILO.—(¡El mundo es bueno!)

TESIFONTE.—Yo, dineros tengo pocos, pero amistades tengo muchas, y como aquí, en el once, vive don Ustaquio Botella, ese que es revisor de los ferrocarriles, me fuí a él, le conté el caso tuyo, y como don Ustaquio, en punto a caridá, es San Juan Gonzaga, me dijo: "Tesifonte, dile a tu cuñao y a su hija que se vayan a la estación esta noche y que se metan en el tren, que esos van a Alhama, aunque a mí me cueste el empleo." Lo cual que ya lo saben ustedes, y como me figuro

que no andarán muy sobrados de dinero, ahí va ese billete pa alivio de los gastos. (*Le da un billete de diez duros.*)

DOMINGA.—¡Mi padre!

CLARA.—¡Mi tío!

PÁNFILO.—(*Abrazándole conmovido.*) ¡Hermano!... ¡Qué bueno eres!... ¡Gracias! Iré a Alhama esta noche, y nunca te agradeceré bastante tu comportamiento noble y generoso.

TESIFONTE.—(*A Dominga.*) Tú, esta noche, a casa, ¿eh?

DOMINGA.—Sí, señor.

TESIFONTE.—En la estación nos veremos luego.

PÁNFILO.—Gracias.

CLARA.—Gracias, tío.

TESIFONTE.—¿Sabes ya el tren que se toma?

PÁNFILO.—Sí, se toma...

EL APARATO.—Se toma un pollo, se dora a la lumbre, se sumerge luego en vino blanco... (*Suena un piano.*)

TESIFONTE.—¡Mi madre!

PÁNFILO.—Es el aparato que me indicaste...

EL APARATO.—(*Con música del "Adiós a la vida", de Tosca.*) Y las patatas se fríen con manteca y un ajo para que las dé buen gusto.

TESIFONTE.—¡Qué espanto!

PÁNFILO.—(*Hurgándole y haciéndole callar.*) Es un cacharro...

TESIFONTE.—Bueno, pues hasta luego.

PÁNFILO.—Hasta luego, Tesifonte, y muchas gracias.

CLARA.—Hasta luego, tío... (*Mutis de Tesifonte y Dominga por la derecha.*)

PÁNFILO.—¡Otro, hija mía! ¡¡Otro!! ¿Estás viendo?

CLARA.—Tienes razón. Estaba yo equivocada: lo confieso. La gente es buena.

PÁNFILO.—¡Muy buena!

CLARA.—¡Muy buena!

RODRÍGUEZ.—(*Empujando la puerta de la izquierda y asomándose.*) Muy buenas.

PÁNFILO y CLARA.—¿Eh? Muy buenas.

RODRÍGUEZ.—¿Don Pánfilo Palomeque?

PÁNFILO.—Para servir a usted.

RODRÍGUEZ.—De parte de don Carloto Totorica, el ingeniero Jefe de la Compañía de ferrocarriles, que a las nueve cincuenta tendrá usted enganchao en el tren de Zaragoza, un coche salón pa que lo conduzca a Alhama, y que él los llevará a ustedes a la estación en su automóvil. Buenas tardes. (*Se va.*)

CLARA.—(*Perpleja.*) ¡¡Padre!!

PÁNFILO.—¡Hija de mi alma! No lo olvides jamás. El mundo es bueno; la humanidad es agradecida. ¡Viva la gratitud!

EL APARATO.—(*Toca una musiquilla popular.*)

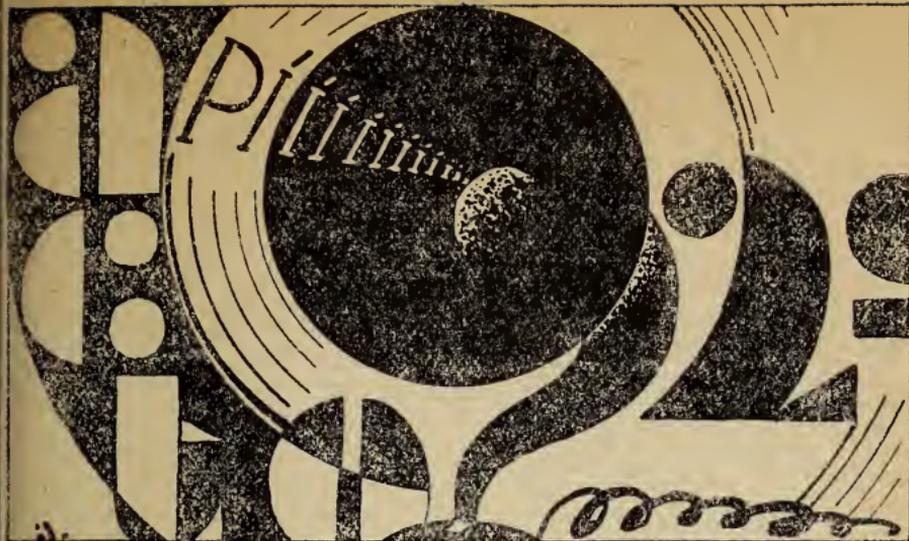
PÁNFILO.—(*Saltando de gozo.*) ¡Agárrate!

CLARA.—¡Olé! (*Bailan y cantan al compás de la música.*)

TELON







La misma decoración del acto primero. Es de noche.

(Al levantarse el telón, la escena está desierta y sin más luz que la que penetra por el mirador, cuya cortina está a medio correr.)

EL APARATO.—E. A. J., siete. Unión Radio, Madrid. Noticias de última hora, transmitidas por “El Debate”. Londres. Un debate en los Comunes. El almirante Lord-Higón ha pedido a la Cámara que se declare la ley seca en todo el reino. *(Se abre sigilosamente la puerta de la izquierda y entran en escena CLARA y PÁNFILO. Vienen en plan de viaje, y traen dos cestas que ponen al lado del balcón.)* Los diputados se han hecho eco... *(Cantando, con música de las sevillanas “No te tires, Reverte”):*

Se han hecho eco
y “ol rait”
se han hecho eco,
y muy pronto Inglaterra
y “ol rait”
será país seco.

In qua mensura mensi fueristis remetietur vobis.

PÁNFILO.—¡Qué locura de aparato!

CLARA.—¿Enciendo?

PÁNFILO.—Espera que corra del todo las cortinas para que no vean luz desde la calle. *(Lo hace.)*

EL APARATO.—Para equipos de novia, casa Ruiz de Velasco H. M., once. Camagüey. Precio de las chirimoyas...

PÁNFILO.—¡Caray, qué lata! *(A Clara.)* Enciende. *(Se acerca al aparato.)* A ver si se calla de una vez este chisme... *(Clara enciende la luz, y Pánfilo manipula en el aparato hasta hacerlo callar.)* Vamos, hombre.

CLARA.—No nos ha visto nadie, padre. Por primera vez nos sale bien, bien, una cosa.

PÁNFILO.—Es verdad. Ya verás qué días tan buenos nos vamos a pasar aquí escondidos y sin que nadie nos dé la lata. Tendremos provisiones bastantes, ¿verdad?

CLARA.—Sí, señor. Además, que el pan pienso yo comprarle todas las mañanas. Como el sereno se retira a las seis, y el portero abre a las seis y media, en esa media hora bajo yo y...

PÁNFILO.—¡Por Dios, que esto no quiero yo que se descubra! Antes que quedar mal a los ojos de esos santos que nos han favorecido, soy capaz de matarme.

UNA VOZ.—*(Dentro, lejos.)* ¡Serenóoooo!...

CLARA.—Sí, llama, llama. Estará seguramente en la taberna de Cipriano.

PÁNFILO.—Bien le hemos cogido las vueltas a Tesifonte.

CLARA.—¿No te ha parecido raro que no bajara a la estación? Porque el que no bajara Moisés, no me extraña. Si supo lo de los tíos, como están a matar...

PÁNFILO.—Lo raro es lo del revisor del tren: que le di yo las gracias por lo que había hablao con Tesifonte, y me contestó que ni conocía a Tesifonte ni le había hecho ofrecimientos de ninguna clase.

CLARA.—Claro, hombre: nos vió en un coche-salón; supuse que éramos algo de la Compañía, y... ¿cómo iba él a decir que estaba dispuesto a estafarla dejándonos viajar de balde?

PÁNFILO.—*(Que oye un ruido.)* ¿Eh?...

CLARA.—*(Asustada.)* ¿Qué?

PÁNFILO.—Que están abriendo la puerta de la escalera de servicio.

CLARA.—*(Asustadísima.)* ¡Ay, padre!

PÁNFILO.—¡Calla!... *(Se acerca de puntillas al corredor de la derecha.)* ¡Apaga esa luz!

CLARA.—¿Pero?...

PÁNFILO.—¡Apaga!

CLARA.—¡Ay, San Dimas de mi alma! *(Apaga. Pausa.)*

PÁNFILO.—*(A media voz.)* Ya han abierto.

CLARA.—*(Temblando.)* ¡Ay, ay, ay!...

PÁNFILO.—Búscame un puñal, un cuchillo, algo que tenga una punta afilada...

CLARA.—(*Trasteando en la mesa.*) Aquí hay un lápiz.

PÁNFILO.—¡Silencio!... ¡Es Tesifonte!

CLARA.—¿Eh?

PÁNFILO.—¡Tesifonte, con una mujer!... Pronto: ocúltate conmigo.

CLARA.—¿Pero?...

PÁNFILO.—Aquí, en el mirador. ¡Nosotros estamos en Alhama!

CLARA.—En Alhama, no sé; pero yo estoy sudando... (*Se ocultan tras la cortina del balcón. Tras una breve pausa, entran en escena, por el corredor, TESIFONTE y CONSEJO. Tesifonte, de sereno, con el farol y el chuzo. Consejo, es una jamaona de buen ver y bastante chulapa. Vienen riéndose.*)

CONSEJO.—Has tenido la primer gracia, Tesi.

TESIFONTE.—¿Verdá que sí? Espérate que encienda, mujer. (*Enciende la luz eléctrica.*)

CONSEJO.—¡Vaya una broma bien da! Escucha: ¿y qué supones tú que habrá pasao? (*Se sientan a ambos lados de la mesa del centro.*)

TESIFONTE.—Pues que habrá llegao el revisor, y Pánfilo, haciendo el canelo, le habrá dicho guiñándole: —Soy el rumiático. (*Ríe Consejo.*) —¿Qué? —Que somos los parientes de Tesifonte, el sereno: los que viajamos sin billete. El revisor, que no me conoce ni me ha oído mentar en su vida, habrá creído que es pitorreo y les habrá contestao: —Bueno, paguen ustedes billete doble, y cuando vean a Tesifonte, denle expresiones de mi parte.

CONSEJO.—(*Muerta de risa.*) ¡Jajay, que me troncho!...

TESIFONTE.—Y ellos habrán apoquinao la telandra o a estas horas estarán en la cárcel de Alcalá o en la de Guadalajara, según la estación que les cogiera más cerca.

CLARA.—(*Asomando la cabeza.*) (¡Qué tío bandido!...)

CONSEJO.—(*Secándose los ojos.*) Me has hecho llorar de risa, hombre.

TESIFONTE.—Y no te digo ná si pa pagar han echao mano del billete de cincuenta pesetas que yo les di, que era más falso que el alma de Judas.

CLARA.—(*Como antes.*) (¡Mi madre!)

CONSEJO.—Tendría gracia que los tomaran encima por monederos falsos...

TESIFONTE.—¡Si con esa intención les di yo el billete!

CLARA.—(*Como antes.*) (¡Ay, qué tío!)

TESIFONTE.—¡Anda y que se fastidien! No los pueo tragar,

Consejo. A él, le tengo una hincha... ¡Cuando lo veo en el ministerio con tantos galones!... ¡Con lo que yo he soñado siempre con unos galones!... Y a la niña, la tengo aquí. (*Por el estómago.*) La niña, que es un coco. Pero un coco de los que asustan.

CLARA.—(*Como antes.*) (El susto que te va a dar a ti este coco no lo sabes tú bien.)

TESIFONTE.—Más tonta es la niña que tu hijo, que ya es decir.

CONSEJO.—¡Bah!

TESIFONTE.—Y te advierto que eso de tu hijo hay que arreglarlo, Consejo. Con ese pollo tengo yo que hablar muy despacio. ¿Qué es eso de oponerse a nuestras relaciones y a nuestra boda? ¿Es que se cree que me voy yo a comer los cuatro cuartos que tú tengas?

CONSEJO.—No, hombre. Si él lo hace, porque, como no ando buena, teme que esto de mi diabete...

TESIFONTE.—Infundios. Ya sabe él que ha dicho el médico que eso de la diabete te lo cura él con la ursulina.

CONSEJO.—No; si lo que yo tengo es más bien de los disgustos que me llevo con los malos negocios. Porque cuando me engaña algún tío canalla, es que me pongo que...

TESIFONTE.—¿Pero hay alguien que pueda engañarte a ti, con lo listísima que tú eres?

CONSEJO.—Hace ocho días m'ha dao un timo un pollo que se llama Moisés Asín, que de milagro no he muerto de una congestión.

TESIFONTE.—¿Moisés Asín? Ese vive en esta casa.

CONSEJO.—Ya lo sé. Y ya caerá: no creas tú que se va a ir de rositas. ¡Valiente tío fresco! ¡Me cogió de un modo!... Nada; me pasó una tarjeta que decía Pepe Carmona y Doncel; me dijo que necesitaba unas pesetas para que su madre, que se llama Pepa Doncel, le pusiera pleito a Benavente y le armara un escándalo; yo vi asunto, porque los escándalos dan siempre dinero, le facilité las leandras y... ¡maldito sea su corazón!

TESIFONTE.—¿Volaron?

CONSEJO.—Para el cielo y los altares. Ahora que he de vengarme.

TESIFONTE.—Y yo te ayudaré. Casualmente le tengo la fila a ese pollo, desde que una noche le ayudé a empujar un automóvil más de un kilómetro, porque se le había fundido una "biola", y ni siquiera me dió las gracias.

CONSEJO.—¡Maldita sea su sangre!...

TESIFONTE.—Bueno, tú, no conviene tener aquí encendido, porque si se ve la luz desde la escalera... Aguarda. (*Abre la*

puerta del foro izquierda.) Este cuarto está bien. Como no hay más mueble que un velador, ponemos aquí ese sofá, te tumbas en él, me aguardas y cuando termine la bulla... Anda, coge por ahí.

CONSEJO.—(*Transportando con Tesifonte el sofá al cuarto indicado.*) ¡Pero no vamos a comprar unas cosillas pa tomar un bocao?

TESIFONTE.—¿Traes tú suelto?

CONSEJO.—Sí. (*Salen de dejar el sofá.*)

TESIFONTE.—Pues andando. Espera a que apague. (*Lo hace.*)

CONSEJO.—Alúmbrame, no me vaya a tropezar. Te advierto que a mí me da unas miajas de aprensión esta casa, porque como aquí estuvieron los espiritistas.

TESIFONTE.—Vamos a ver si eres tú tan tonta como mi hija, que cree que hay duendes y que los muebles andan solos. (*Se van por el corredor.*)

CLARA.—(*Saliendo de su escondite.*) ¡Padre!

PÁNFILO.—(*Idem.*) ¡Hija!

CLARA.—¿Has visto un tío más canalla, más infame, más bandido, más perverso, más venenoso y más bicho?

PÁNFILO.—(*Que se ha acercado al corredor de la derecha.*) ¡Calla!... (*Escucha.*) Ya se han ido. (*Enciende la luz.*)

CLARA.—Nada; que no estamos en la cárcel, de milagro.

PÁNFILO.—¡Qué sinvergüenzas! (*Sacando los billetes de la cartera y buscando entre ellos.*) Aquí está el que él me dió. (*Examinándolo y leyendo en él.*) "Camas doradas: Valverde, 1, cuadruplicado." ¡Pero si es un anuncio! ¡Miserables!

CLARA.—La gracia que ha tenido Moisés timando al coco de la señora... Porque ella sí que es un coco, caray; no yo. En cuanto vea a Moisés le doy un abrazo y un beso.

PÁNFILO.—¡Clarita!

CLARA.—Nada, que se lo doy. Casualmente andaba yo buscando una ocasión... Y a esos dos perversos... A esos les doy yo un susto que los mato. Por lo pronto vamos a poner el sofá al final del pasillo, para que cuando vuelvan tropiecen con él y se convenzan de que los muebles andan. Eso les preparará el cuerpo para el susto grande, que ya veremos cuál es. Algo que les duela, desde luego. Ayúdame.

PÁNFILO.—(*Indeciso.*) Pero...

CLARA.—Que sí, padre. Aunque no sea más que para saber cuándo vuelven y que no nos cojan desprevenidos, porque al entrar tropezarán, harán ruido y...

PÁNFILO.—Sí; tienes razón. Vamos. Además, que él no me importa. No enterándose de que estamos aquí el señor Sacris-

tán y los tíos de Moisés... (*Entran en la habitación indicada, cargan con el sofá y salen con él a escena.*)

¡CLARA.—(*Dirigiéndose con Pánfilo hacia el corredor.*) ¡Canallas! ¡Perversos!... Y todo por envidia; porque tienes galones de ordenanza. ¡Si llegas a ser general de división!... Ahora, que a ese sereno le voy yo a quitar la serenidad para un rato muy largo. (*Están ya los dos casi en el corredor, cuando ven, aterrados, que alguien intenta abrir la puerta de la calle.*) ¡Ay!...

PÁNFILO.—¡Calla! (*Dejan el sofá ante el corredor y Pánfilo apaga la luz, cuya llave está allí mismo, y se ocultan en el corredor.*) Pausa. Con todo género de precauciones entran en escena BALBINA y CARLOTO.)

DON CARLOTO.—Procura no hacer ruido.

DOÑA BALBINA.—¿Cierro?

DON CARLOTO.—Sí.

DOÑA BALBINA.—¿Estará la llave de la luz donde en nuestra casa?

DON CARLOTO.—Me figuro que sí. Espera. (*Enciende una cerilla.*) Sí; allí está. (*Se acerca a la derecha y enciende la luz.*) No hay nadie todavía.

PÁNFILO.—(¡María Santísima!...)

DOÑA BALBINA.—¿Y tú crees, Carloto, que esta misma noche va a venir él con ella?

DON CARLOTO.—Sí; me ha dicho Cosme Caspe Costa, el empresario de Maravillas, que esta tarde llegó Moisés al teatro, y le dijo a su novia, rimbomboso y campanudo: "Ya tienes casa, Salmodia", y le indicó este cuarto.

DOÑA BALBINA.—¡Canalla!... ¿Y quién es ella?

DON CARLOTO.—Qué se yo; una desgraciada, una puertaventanera, una cualquier cosa. Estoy seguro de que dentro de poco vendrá con ella y que, aprovechando la ausencia de Palomeque, intentará convertir esta honrada casa en una tanquería.

DOÑA BALBINA.—¿Y tu plan cuál es, Carloto?

DON CARLOTO.—Dejarles entrar, presenciar oculto el comienzo de la comedia, y cuando hayan penetrado en cualquiera de esas habitaciones, encerrarles, subir, llamar por teléfono a Rebollo, el comisario de policía, que está ya advertido, que le detenga y que amanezca, quieras que no, en el correccional de Santa Rita.

DOÑA BALBINA.—Temo una cosa.

DON CARLOTO.—Di.

DOÑA BALBINA.—Que mientras tú subes, y avisas, y llega

Rebollo, él se dé cuenta de tus propósitos y se evada o escandalice.

DON CARLOTO.—Tienes razón.

DOÑA BALBINA.—Mejor será que yo, desde nuestro mirador, atisbe su llegada y te avise con unos leves golpes, al par que llamo a Rebollo.

DON CARLOTO.—Conforme.

DOÑA BALBINA.—Pues acompáñame; la escalera está muy oscura y ya sabes cuán miedosa soy.

DON CARLOTO.—Sí: Además voy a telefonar a Rebollo, diciéndole que eres tú quien va a avisarle cuando llegue el momento.

DOÑA BALBINA.—Vamos.

DON CARLOTO.—Espera que apague. (*Enciende una cerilla y apaga la luz eléctrica.*)

DOÑA BALBINA.—Qué ajeno estará Palomeque de que su casa va a ser teatro de esta intriga.

DON CARLOTO.—¡Pobre Palomeque! Es tonto, pero es bueno. Si logramos nuestros propósitos, le regalaré mil pesetas cuando regrese de sus aguas. (*Se van por la izquierda, cerrando la puerta.*)

PÁNFILO.—(*Surgiendo y encendiendo la luz.*) ¡Otras mil pesetas! ¡Clarita! Comprenderás que seguimos en Alhama, cueste lo que cueste.

CLARA.—¡Quiá, hombre! ¡Qué Alhama ni qué berengena picuda! ¡Pues no faltaría más!... Aquí entra Moisés con la..., bueno, con la puertaventanera, como la ha llamado don Carloto, y lo primero que le tiro es este formón. (*Coge un formón de la mesa.*)

PÁNFILO.—¡Criatura!

CLARA.—Y que se lo tiro de punta. ¡Pues hombre! ¡Qué es eso de venir aquí con...? ¡Quiá! ¡Y en mis narices! ¡¡Narices!! No, padre; aquí, no. Eso sería el suplicio de Tiéntalo, como dice el tío Tesifonte, y yo de Tiéntalo no tengo un pelo. ¡Pues sí que!... ¡Caray!

PÁNFILO.—Reflexiona, Clarita, que son mil pesetas, y que tendría que devolver las novecientas que nos quedan de las otras mil...

CLARA.—¿Y la dignidad, padre? ¿Cómo vas a consentir que diga que esta casa es suya y que se meta en tu cuarto o en el mío, y...?

PÁNFILO.—(*Apagando la luz.*) ¡Calla!

CLARA.—¿Eh?

PÁNFILO.—¡Ellos!

CLARA.—¿Quién?... (*Se oye hablar dentro a Tesifonte.*)

PÁNFILO.—¡Tesifonte!... !Al mirador!

CLARA.—Y no hemos pensao ná pa asustar a estos sinvergüenzas... *(Se ocultan tras la cortina del mirador.)*

(Por el corredor avanzan TESIFONTE y CONSEJO en plan de broma; vienen tarareando un pasodoble conocido y trae Tesifonte el farol en alto, colgado del chuzo.)

TESIFONTE y CONSEJO.—Ta tarará, tá tá... Ta tarará, tá tá... *(Como el farol viene en alto no ven el sofá y tropiezan con él.)*

TESIFONTE.—¡Mi madre!

CONSEJO.—¡Joroba! *(Aterrada.)* ¡El sofá! *(Se le caen unos paquetes que trae.)*

TESIFONTE.—¡El sofá! *(Enciende la luz eléctrica.)*

CONSEJO.—¡Tesifonte!

TESIFONTE.—*(Perplejo.)* Raro es esto, porque de la calle no ha entrado aquí nadie. De eso respondo yo.

CONSEJO.—Yo no me quedo aquí sola, Tesifonte.

TESIFONTE.—Ni yo te dejaría. Espera que me asome a ver, porque como don Moisés tiene una llave de la casa... *(Abriendo la primera puerta de la derecha.)* Aquí está el cuarto de Pánfilo, y más allá el de la picina.

CONSEJO.—¿Quién es la picina?

TESIFONTE.—El baño, mujer; no seas taruga. Voy a ver... *(Entra en el cuarto. Consejo queda en la puerta, miedosa.)*

EL APARATO.—*(Silbando lúgubrementemente.)* Píííí... Píííí... *(Grúñe luego de un modo espantable.)*

CONSEJO.—*(Muerta de miedo.)* ¡Ay!... *(Llamando sin fuerzas.)* ¡Tesi...! ¡Tesi...! *(Suena un piano.)*

EL APARATO.—*(Con marcada chunga.)* Domecq, Domecq, Domecq... Coñac, coñac, coñac... *(En tono de discurso.)* ¡Adelante, radio-escuchas!

CLARA.—*(Cogiendo la bocina del gramófono y hablando por ella.)* ¡So guarros!

CONSEJO.—Es la radio.

CLARA.—¡Borrachos!

CONSEJO.—Es la radio.

TESIFONTE.—*(Entrando en escena y cerrando la puerta.)* Nadie. *(Abre la segunda puerta de la derecha y se asoma.)*

Vacío. *(Cierra la puerta y dice, abriendo la del foro derecha.)* Este es un cuarto que da al pasillo, por el otro lado... *(Entrando.)* Aquí duerme la niña. *(Desaparece.)*

CONSEJO.—¡La niña! ¡Valiente birra de niña! Es un pájaro...

CLARA.—*(Por la bocina.)* Cu... cu...

PÁNFILO.—¡Calla!

CLARA.—No me da la gana.

CONSEJO.—¡Caray con la radio!

TESIFONTE.—(*Entrando de nuevo en escena y cerrando la puerta.*) Tampoco hay nadie. (*Con cierta escama.*) A ver si en el cuarto de antes...

CONSEJO.—(*Miedosa.*) Cuidao, tú.

TESIFONTE.—¡Mujer!... Yo no creo en los espíritus, ni en las ánimas, ni en ná de eso. Ni siquiera en Adán y Eva; ni en los fenicios... (*Con bastante canguelo se acerca a la puerta del cuarto del foro izquierda y asoma la cabeza.*)

CLARA.—(*Con la bocina.*) ¡A ésee! (*Tesifonte da un salto.*)

EL APARATO.—(*Pitando.*) ¡Piiíííí!...

TESIFONTE.—(*Queriendo distimular su miedo.*) Le voy a dar uná patada al aparato de radio, que va a saber lo que es tomar tierra. ¡Maldita sea!... (*Entra en el cuarto.*) ¡Vacío! (*Saliendo.*) No me explico lo del sofá.

CONSEJO.—Mira, vámonos.

TESIFONTE.—Sí, porque tengo que hacer; pero... ¡maldita sea la inopia!... Aquí volvemos nosotros a cenar. (*Poniendo sobre la mesa los paquetes que trajo Consejo.*) Y vamos a cenar en ese cuarto, y en ese velador, y sentaos en ese sofá. A mí no me puede ningún muelle. Ni sofá..., ¡ni mesa! Hala. (*Apaga la luz.*)

UNA VOZ.—(*Dentro, llamando.*) ¡Serenóóóó!

TESIFONTE.—(*Gritando.*) ¡Vááá!

CONSEJO.—(*Asustada.*) ¡Ay!... Pero ¡hombre!...

TESIFONTE.—La costumbre... (*Se van los dos por el corredor.*)

CLARA.—(*Saliendo de su escondite.*) Esos dos sinvergüenzas se van a acordar de esta noche, o pierdo yo el nombre que tengo. Porque es que... (*Busca en uno de los cajones de la mesa.*)

PÁNFILO.—(*Surgiendo y encendiendo la luz.*) ¡Qué buscas ahí a tientas?

CLARA.—Esto: un mazo de cordelillo... Vas aver tú. (*Se acerca al sofá con el mazo de cordelillo y ata una de las puntas a una de las patas del mueble.*)

PÁNFILO.—Pero ¡qué haces?

CLARA.—Tú déjame a mí y haz que se calle ese piano, que me tiene loca.

PÁNFILO.—(*Manipulando en el aparato de radio.*) Se conoce que este aparato digiere unas hondas y otras no las digiere. ¡Caramba, es rarísimo!... ¡Anda! ¡Estamos apañaos! Si quien toca el piano es la del entresuelo.

CLARA.—(*Terminando su faena.*) ¡Ajajá!... Quitaré ahora de aquí estos paquetes... (*Toma los paquetes que puso Tesi-*

fonte sobre la mesa, y hace mutis con ellos por la puerta del foro izquierda, volviendo a salir en seguida.)

EL APARATO.—(Tenuemente.) ¡Animo, queridos sinhilistas! En esta culta ciudad de Salamanca... Píííí... Píííí... (Cesa de tocar el piano.)

PÁNFILO.—(Corriendo al mirador.) ¡Cuidado! ¡Don Carloto, que vuelve!

CLARA.—(Apagando la luz.) Pues sí que estamos divertidos... (Se ocultan ambos en el mirador, al mismo tiempo que se abre sigilosamente la puerta de la izquierda.)

EL APARATO.—¿Quién no se atreve a ir adelante? ¿Quién?

DON CARLOTO.—(Aterrado.) ¡Hay gente!

EL APARATO.—¿Quién...?

DON CARLOTO.—¿Se puede?

EL APARATO.—Adelante. Sí, sí...

DON CARLOTO.—¡Buenas noches...

EL APARATO.—Y algún día, amados radio-oyentes, levantaremos nuestra copa y gritaremos... Píííí... Píííí...

DON CARLOTO.—(Tranquilizándose.) Si es la radio. (Cierra la puerta.) ¡Caracoles, qué susto!... (Enciende la luz eléctrica.) Con lo que a mí me molesta la radio... (Manipulando en el aparato.) ¿Cómo se desenchufará esto?... (Suena un acordeón.) ¡Caramba! Pues estamos bien. A ver si con la música se azustan los pájaros... (Suenan en el techo unos cuantos golpes.) ¡Atiza! ¡Ellos! ¡Ya!... ¿Desde dónde atisbo? Sí, desde el mirador, detrás de las cortinas. (Se dirige al mirador.)

CLARA.—(Sin poderse contener.) ¡No!

DON CARLOTO.—(Deteniéndose.) ¿Eh?

CLARA.—(Cantando a compás de la música.) No, no, no, no, no... No, no, no, no, no...

DON CARLOTO.—Es la radio... (Deteniéndose cerca de la cortina.) Y dice bien: aquí no. Si intenta asomarse para algo... Mejor desde aquel cuarto, que tiene dos puertas... (Entra en la habitación del foro derecha.)

PÁNFILO.—¡Mi abuela! S'ha dejao la luz encendida.

DON CARLOTO.—(Asomando la cabeza.) No he apagado la luz... (Al ver que se abre la puerta de la izquierda.) Ya no me da tiempo. (Al ver a MOISÉS y a RITA, que un poco sorprendidos, entran en escena.) ¡¡Jesús!... ¡¡Rita!! ¡Rita Barral! ¡La de Reinosal! ¡Estoy perdido! (Cierra la puerta.)

MOISÉS.—(Un poco mosca y sin atreverse a entrar.) ¡Qué cosa tan extraordinaria! La luz encendida, y la servidumbre tocando el acordeón.

RITA.—(Que es guapa, joven y elegante.) ¿No me dijiste que no encontraríamos a nadie?

MOISÉS.—Claro. Le dije a la cocinera, a la doncella, al botones y al pinche que se marcharan, pero, por lo visto... (*Miedoso.*) (¿Habrán aquí alguien?...) (*Llamando.*) Julia... Fíladelfo... Secundario... Manuela...

RITA.—¡Pero si es este aparato de radio!... (*Ríe.*)

MOISÉS.—(*Riendo también.*) ¡Ja, ja, ja!... ¿Estás viendo? No hay nadie. Que se les ha olvidado apagar la luz... (*Deja sobre la mesa una cesta que trae, y enmudece el aparato.*) ¡Anda! Debo haberlo desconectao... Espera, voy a ver... (*Se acerca al corredor y grita.*) ¿Hay alguien aquí?... (*Escucha.*) Nadie.

RITA.—Veo que tienes un aparato "Tuti-Ondi". Son buenos, pero se descomponen con gran facilidad y radian lo que quieren.

MOISÉS.—En el mobiliario de la casa no te fijas, querida Salmodia. Quiero que todo lo compres a tu gusto. Estas porquerías que hay aquí son de un pobre hombre que vivía ahí enfrente. Le desahuciaron esta tarde, le pusieron los muebles en el arroyo, me dió lástima, y le dije que los metiera aquí hasta mañana o pasado.

CLARA.—(*Por la bocina.*) ¡Mentira!...

RITA y MOISÉS.—¿Eh?...

CLARA.—(*Como antes.*) Mentira parece que haya medias de seda a tres setenta y cinco en los Almacenes Rodríguez.

RITA.—Es el aparato...

MOISÉS.—Mañana, vidita, nos llegamos a casa de Herráiz, y encargas un mobiliario a tu gusto. Quiero que, rendida a fuerza de atenciones y de dádivas, me des el sí que apetezco y que creo que merezco.

CLARA.—(*Por la bocina.*) ¡Qué fresco!

RITA.—Lo que sí mereces, Moisés, es que yo te diga mi verdadero nombre y te confiese la verdad de mi vida. Eres muy bueno conmigo, y yo debo corresponder a tus bondades exponiéndote mi verdadera situación. Siéntate y escúchame. Voy a abrirte mi pecho.

MOISÉS.—¡Por fin!... (*Se sienta Rita en la butaca, y Moisés, en una sillita, a sus pies.*) Habla, amor mío.

RITA.—Yo no me llamo Salmodia Cantos; yo me llamo Rita Barra, y estoy casada con Cándido Sacristán, fabricante santanderino de rollos de pianola e inventor del rollo irrompible, ese rollo de tela de aluminio que lleva su nombre de pila y el mío.

MOISÉS.—Sí, el rollo "Cándido y Rita".

RITA.—Mi marido es celoso como un árabe y un hombre agresivo, impulsivo y vengativo...

MOISÉS.—(*Mosca.*) ¡Caramba!

RITA.—Hace muy poco tiempo intentó matarme.

MOISÉS.—¡Salmodia!...

RITA.—Rita.

MOISÉS.—Da lo mismo.

RITA.—Estaba yo en una finca nuestra, cercana a Reinosa; él había ido a Santander a no sé qué, y varios socios de “La canana de oro”, una sociedad cinégetica, al parecer, pero que no es más que una reunión de juerguistas mujeriegos y sinvergüenzas, me tendieron una celada, en la que caí, y de la que salí indemne gracias a la inoportuna llegada de mi marido, y digo inoportuna, porque por poco es peor el remedio que la enfermedad.

MOISÉS.—(*Asombrado.*) ¿Reinosa? ¿“La canana de oro”?... Explicate, Rita de mi alma, que me estás encendiendo en el cerebello una medio watio de cincuenta bujías. ¿Qué fué eso de los cazadores?

RITA.—Pues que el más bandido de todos ellos, el presidente de “La canana”, un tal Carloto Totorica, a quien habían hablado de mí como de una mujer irreductible, apostó dos mil pesetas a que antes de dos horas me entrevistaría yo con él en “La nogaleda”, un pintoresco sitio, cercano a la carretera de La Cuadra.

MOISÉS.—(*Perplejo.*) ¡Mi tía!

RITA.—Y lo consiguió. Cualquiera hubiese caído en el engaño. Me mandó decir que Bertita, la mujer de mi hermano Germán, había sufrido un accidente de automóvil junto a “La nogaleda”, y que estaba sola, en pleno campo, gritando, mientras Germán buscaba un coche para trasladarla a una clínica. Claro; al saber yo que estaba Berta sin Germán, pegando gritos en “La nogaleda”, corrí en su busca y al llegar me encontré con el señor Totorica, que, so pretexto de tranquilizarme, me cogió por la cintura y me dió un beso cinematográfico en el cuello.

MOISÉS.—¡Ay, qué tío tengo!

RITA.—¿Eh?...

MOISÉS.—¡Caray con el presidente de “La canana”! Porque te advierto, preciosa, que ese... cananeo es el sinvergüenza de mi tío de mi alma, que por lo que se ve es un hipócrita como de aquí a Valencia, pasando por Cáceres. ¡Señores, qué punto!... Bueno, y tu marido llegó, por casualidad, cuando lo del beso, ¿no?

RITA.—Y sin meterse en más averiguaciones tiró de revólver, disparó y tuvo la suerte de que le diera a él en un hombro.

MOISÉS.—(*Contentísimo.*) Queridísima Rita; no me pongo

ballar, porque no quiero armar escándalo; pero ahora es cuando vas tú a tener un departamento bien amueblado. Acabas de revelarme un secreto que me va a hipertrofiar la cartera de billetes. ¡Casi nada! Yo pudiéndole decir a mi tío que voy a contarle a mi tía...

RITA.—¿Pero de veras es tío tuyo ese canalla?

MOISÉS.—Sí.

RITA.—Pues vete encargando el luto, porque mi marido ha jurado matarle.

MOISÉS.—Que lo mate, hombre. ¿Qué me importa a mí? Mejor! Con eso le heredo. ¡Sinvergüenza! Tanto golpe de pecho, tanta moralidad y luego golfeando en “La canana”. Bueno, querida Rita, me has librado de Santa Rita. Cuenta con un seis cilindros de la marca que quieras.

RITA.—Falta va a hacerme para salir corriendo, porque mi marido está en Madrid.

MOISÉS.—¿Qué dices, chiquilla? No me asustes.

RITA.—Según me escribe mi doncella, ha permanecido oculto durante algún tiempo, y ahora, loco de celos y de rabia, ha venido a Madrid para buscarme, matar a Totórica y medir sus armas con todo el que haya puesto en mí sus ojos.

MOISÉS.—(*Miedoso.*) Ritilla, tú exageras algo, ¿verdad?

RITA.—No temas, Moisés. Cuando él dispere sobre ti, yo interpondré mi pecho, y le gritaré: “No, Cándido; a él no, a mí. El es un caballero, un santo, porque, sin recibir de mí ni siquiera un beso de hermano, me ha atendido, me ha auxiliado y me ha socorrido.”

MOISÉS.—A lo peor no lo cree y... Menos mal que no ha de descubrir nuestro escondite, porque...

RITA.—Esta tarde me pareció verle...

MOISÉS.—(*Miedosísimo.*) ¿Sí, encanto? ¿Dónde?

RITA.—Al pasar yo en un taxi por una calle bastante ancha, que creo que se llama de San Bernardo, le vi en la puerta de una casa de ladrillos rojos, hablando con el portero.

MOISÉS.—(*Tembloroso.*) ¿Eh? ¿Qué dices, Ritita? ¡Caramba! ¡Porque la calle Ancha de San Bernardo es ésta, y a esta casa, a fuerza de tener rojos los ladrillos, le llaman la casa del pavo!

RITA.—¿Eh?... ¿Hay aquí, en el bajo una tienda de pompas fúnebres?

MOISÉS.—Sí.

RITA.—Entonces es aquí donde estaba, Moisés.

MOISÉS.—(*Lvido.*) ¡Rita!

RITA.—Pero... ¿cómo es posible?... A esa hora no sabía yo

aún que tú me habías alquilado este cuarto. ¿Qué podrá él buscar aquí?

MOISÉS.—Es que aquí, en el piso de más arriba, vive mi tío... ¡¡y vivo yo!!

RITA.—¡¡Jesús!! Entonces está claro. Busca a tu tío para asesinarle, Moisés, o acaso sabe ya que tú me proteges y...

MOISÉS.—(Aterrado y nerviosísimo.) ¡No! Busca a mi tío, a mí no. ¿Por qué? ¿Hay algo entre nosotros? ¿Ha habido jamás nada entre nosotros? ¡No! ¿Tú dirás la verdad?

RITA.—¡Sí!

MOISÉS.—Yo soy tu hermano. ¡Tu hermano!

RITA.—Vamos, vamos, tranquilízate. Vuelvo a decirte que si mi marido dispara sobre ti, yo interpondré mi pecho.

MOISÉS.—¿Y si no estás presente, Ritita?

RITA.—No pienses más en eso. Hablemos de otra cosa. ¿Me compraste algo de fruta? Porque yo a estas horas no tomo más que fruta.

MOISÉS.—Sí; ahí tienes peras, manzanas, chiricatos y aguamoyas... Digo, al revés. ¡Estoy más nervioso!

RITA.—Vamos, tranquilízate. ¿Decías que hay aquí baño y ducha?

MOISÉS.—Sí; pasa por aquí. (Indicándole la primera puerta de la derecha.) Este es el mejor departamento de la casa. Dos habitaciones hermosas y el cuarto de aseo con ducha, baño, lavabo, waterclós, con sidecar y con agua caliente, corriente y fría... Con agua caliente, fría y corriente... Con agua... Bueno, entra y lo verás. (Mutis de Rita.) ¡¡Maldita sea don Juan Tenorio y su padre don Diego!! (Mutis.)

CLARA.—(Asomando la cabeza.) ¡Pobrecillo! ¡Es más infeliz!... Eso de que no tenga nada que ver con ella me ha gustado, y como yo pueda... (Al ver a don Carloto, que, más muerto que vivo, sale de su escondite sigilosamente.) ¡El tío! ¡Este sí que se la ha buscado! (Se oculta.)

DON CARLOTO.—(Temblando.) ¡Perdido!... No hay quien me salve. Vendrá la policía, Moisés dirá eso, Rita dirá lo otro, mi mujer descubrirá... Y adiós tranquilidad. ¡No! Aquí no entra nadie: ni mi mujer, ni Rebollo, ni nadie... (Disponiéndose a hacer mutis.) Ahora subo y... (Se detiene junto a la puerta de la izquierda.) Hay gente en la escalera. ¿Será Rebollo?... (Observa por la mirilla de la puerta y casi se cae del susto.) ¡¡Sacristán!... ¡El marido! ¡Ese sube a mi casa, porque aquí... (Aterrado, retrocediendo.) ¡¡Aquí!... (Llevándose una mano al corazón.) ¡Ay!... ¡Me muero!... ¡Qué horror!... ¡Agua!... (Entra de un salto en la habitación del foro derecha.)

ONOFRE.—(*Entrando en escena con Sacristán.*) No haga usted ruido, que hay vecinos abajo.

SACRISTÁN.—¿Eh? ¿Quién ha encendido la luz, Onofre? ¿Quién?...

ONOFRE.—Seguramente que no la apagaría don Pánfilo al marcharse. ¡Se atarugó tanto cuando le dijeron que le aguardaba el automóvil de don Camueso!...

SACRISTÁN.—¿De quién?

ONOFRE.—De don Camueso: un señor muy estúpido, que vive en el primero, y a quien llaman así todos los vecinos. El se llama don Carloto Totorica.

SACRISTÁN.—(*Gritando.*) ¡¡Ah!!

ONOFRE.—¡No grite usted!

SACRISTÁN.—(*Gritando.*) ¡¡Totorica!!

CLABA.—(*Asomando la cabeza.*) ¡Mi madre!

PÁNFILO.—(*Idem.*) ¡Ya le ha dao!

MOISÉS.—(*Asomándose también.*) ¿Es la radio?...

SACRISTÁN.—(*Nerviosísimo.*) ¡¡Totorica!!... ¡El seductor de mi esposa!

MOISÉS.—(*Más muerto que vivo.*) ¡Jesús!...

SACRISTÁN.—(*Como loco.*) ¡Aquí estoy, Totorica! ¡Yo, sí, yo! Deseo tu muerte. Escoge armas: la espada, el florete, la póstula... ¡La póstula!... Eso... ¡Totorica en esta casa!... Entonces era ella la que subió hace un rato con aquel petimestre, ¡petimestre!, que tú me dijiste que era sobrino de un vecino, y que era un punto que se las traía. ¡¡Y que se las trae!! (*Pone a Onofre la teja, al par que se arroja en sus brazos.*)

ONOFRE.—Yo lo dije en otro sentido.

SACRISTÁN.—¡¡Se las trae!!... ¡Ah! ¡Ella está arriba con él!... Yo quiero subir. ¡Yo quiero matarles a los dos!

ONOFRE.—(*Sujetándole.*) ¡¡Don Cándido!!

SACRISTÁN.—¡Sí!

ONOFRE.—Que no era ella, hombre. ¿Cómo iba a ser ella? Recuerde usted lo que nos dijo ese amigo de usted.

SACRISTÁN.—Dedogracia... Dedogracia... ¡Deo!

ONOFRE.—Ese.

SACRISTÁN.—¡Gracia!

ONOFRE.—No hay de qué. Ella está actuando en un teatro donde ha entrao de conjuncionista, y ahora en los teatros están en plena representación. A usted, lo que le pasa es que está muy excitao y ve visiones. Vamos, échese usted un rato aquí o en el cuarto de la muchacha y descanse usted...

SACRISTÁN.—Sí; eso es lo mejor. Me echaré. Déjame solo.

ONOFRE.—¿Quién? ¿Yo? Al instante. ¡Para que suba usted y arme el escándalo en casa de don Carloto! ¡Quiá! Yo me

quedo aquí con usted. Ahora pondré ese sofá junto a la cama, y a dormir se ha dicho.

SACRISTÁN.—¿Pero?...

ONOFRE.—Nada, nada. Hay que obedecerme. Ande usted. Por aquí. *(Entra con él en la habitación del foro derecha.)*

CLARA.—¡Aprieta!

PÁNFILO.—¡Atiza!

DON CARLOTO.—*(Sigilosamente por el corredor, con las botas en la mano.)* ¡Qué horror! ¡Y no puedo irme! Tengo que quedarme para impedir que suba. Porque si intenta subir, salgo y lo mato. *(Entra en la segunda habitación del lateral derecha.)*

PÁNFILO.—¡La que se va a armar, hija mía!

CLARA.—¡Ojalá hubiéramos seguido para Alhama!

PÁNFILO.—¡Ojalá!... ¡Andá! Los que faltaban.

CLARA.—¡Jesús! *(Se ocultan al ver entrar por el corredor a TESIFONTE y a CONSEJO.)*

CONSEJO.—*(Miedosa.)* Escucha: ¿Dejaste tú la luz encendida?

TESIFONTE.—Yo creo que no: no me acuerdo bien.

CONSEJO.—El sofá no está en el mismo sitio, Tesifonte.

TESIFONTE.—Sí, mujer. Hala: ayúdame.

CONSEJO.—¿Pero?...

TESIFONTE.—¡Vamos! *(Cargan con el sofá y lo entran en el cuarto del foro izquierda.)*

DON CARLOTO.—*(Asomando la cabeza.)* ¡El sereno!

MOISÉS.—*(Idem.)* ¡El sereno y la prestamista! ¡¡Esos vienen por mí!!

CONSEJO.—*(Saliendo asustadísima.)* ¡Ay, Tesi!...

TESIFONTE.—¿Qué?

CONSEJO.—Que los paquetes están ahí, y tú los dejaste aquí.

TESIFONTE.—¿Pero?... *(Al ver que se abre la puerta del foro derecha.)* ¡Quieta! ¡Calla!... *(Se ocultan.)*

ONOFRE.—*(Entrando en escena.)* Sí, ahora pondré ahí el sofá. *(Asombrado.)* ¡¡Mi abuela!! ¿Y el sofá?...

TESIFONTE.—¡¡El portero!!...

SACRISTÁN.—*(Saliendo sin sotana y con el pantalón corto.)* ¿Qué sucede?

TESIFONTE.—¡¡Y un niño!!...

ONOFRE.—Que aquí había un sofá y ya no está. A ver si es cierto eso que dice Dominga, la sobrina de don Pánfilo, que aquí, por las noches, andan los muebles.

SACRISTÁN.—*(Asustado.)* Garay, Onofre... ¡Anafre!... ¡¡Onofre!!

ONOFRE.—*(Escuchando.)* ¿Eh?... ¿Quién abre la puerta de servicio?...

SACRISTÁN.—¿Qué?

ONOFRE.—¡Silencio!... ¡Ya han abierto! ¡Ocultese!

SACRISTÁN.—¡¡Anafre!! *(Entra en la habitación de antes.)*

ONOFRE.—*(Haciendo mutis tras él.)* ¿Quién será?...

MOISÉS.—(¿Más gente?...)

DON CARLOTO.—(¿Rebollo, tal vez?...)

CLARA.—¡Pero, padre!

PÁNFILO.—Calla, hija, que estoy intrigadísimo.

TESIFONTE.—Deja que mire... *(Al ver a Dominga y a Honesto, un pollo bien, que entran por el corredor.)* ¡¡Mi hija!!

HONESTO.—¡La luz encendida!

DOMINGA.—Claro; con la emoción del auto y del viaje...

HONESTO.—Si no llegamos a venir, pagan de luz cuarenta duros.

DOMINGA.—No; mi tío hace trampas en el contador.

HONESTO.—Vamos, que tu tío es tan sinvergüenza como tu padre. ¡Valiente familia!

UNA VOZ.—*(Dentro, llamando.)* ¡Serenóóóóó!...

TESIFONTE.—(¿El alcalde!)

HONESTO.—¡Y que se opongan a que nos queramos!... Por supuesto, que esto de las oposiciones va a terminar en cuanto yo haga las oposiciones. Es decir, antes, porque... Aquí puedo decírtelo, porque nadie nos oye. Si tú me quieres de veras, podemos ser felices mañana mismo.

DOMINGA.—¿Eh?

HONESTO.—Ya te dije que yo tenía en una hucha cuatro mil pesetas.

DOMINGA.—¡Sí.

HONESTO.—Pues bien; esta mañana dejó mi madre abierto el armario, yo aproveché el momento y aquí tengo las cuatro mil.

DOMINGA.—¡Honesto!

HONESTO.—Si quieres nos vamos mañana a Barcelona o a Sevilla, donde haya menos exposición, y cuando se nos acabe el dinero tendrán que ceder y casarnos. Tu padre cederá con gusto, porque él lo que quiere es alejarte para que no veas la que se trae con Consejo, la prestamista. ¡Si él supiera lo de Consejo y su primo!... ¡Y si ella supiera lo de tu padre y la enfermera!... *(Suenan dentro unas bofetadas.)*

UNA VOZ.—*(Dentro, como antes, y de bajo profundo.)* ¡¡Serenooooóó!!...

PÁNFILO.—¡Mardones!

HONESTO.—Y mi padre cedería también. ¿Qué importa que

tú seas humilde? Los títulos y los timbres no sirven para nada. Me molestan los timbres. *(Suenan los timbres de la casa.)*

DOMINGA.—¡Ay, Dios mío!...

HONESTA.—¿Ha sido aquí?

DOMINGA.—Creo que sí...

CLARA.—¿Quién podrá ser?

DON CARLOTO.—(¡Malhaya sea!) *(Vuelven a llamar.)*

DOMINGA.—¿Qué hago, Honesto?

HONESTO.—¡Quieta! Aquí no hay nadie.

REBOLLO.—*(Dentro.)* ¡Abran a la policía!

HONESTO.—*(Aterrado.)* ¡Ay!

DOMINGA.—*(Idem.)* ¡Jesús!

DON CARLOTO.—*(Idem.)* ¡Horror!

MOISÉS.—*(Idem.)* Ahora va a ser ella.

SACRISTÁN.—*(Idem.)* ¡Me cogieron!

TESIFONTE.—*(Idem.)* ¡Maldita!...

CLARA.—¡Padre!

PÁNFILO.—Nosotros en Alhama.

REBOLLO.—*(Dentro.)* ¡¡Abran a la policía!!

HONESTO.—¡Vienen por mí, Dominga de mi alma!

DOMINGA.—¿Pero el dinero no era tuyo?

HONESTO.—Es que he cogido también una botonadura...

DOMINGA.—¡Dios mío!

HONESTO.—*(Imperiosamente.)* ¡Abre!

DOMINGA.—*(Temerosa.)* ¡Pero!...

HONESTO.—¡¡Abre!! *(Dominga abre la puerta de la izquierda.)*

REBOLLO.—*(Entrando.)* Buenas noches.

HONESTO y DOMINGA.—*(Timidamente.)* Buenas noches.

REBOLLO.—*(A Honesto.)* ¿Quiere usted hacerme el favor de seguirme? *(Le enseña la placa de policía.)*

HONESTO.—Sí, señor.

REBOLLO.—Vamos.

HONESTO.—¿Dónde me lleva usted?

REBOLLO.—Al correccional de Santa Rita.

DOMINGA.—¡Virgen Santa!...

HONESTO.—*(Trágico.)* ¡Adiós, Dominga, amor mío!...

DOMINGA.—*(Idem.)* ¡¡¡Mi vida!!! *(Se abrazan.)*

UNA VOZ.—*(Dentro, furiosamente.)* ¡¡Serenóóóóóóóó!!...

REBOLLO.—¡Vamos!

HONESTO.—*(Desprendiéndose de los brazos de Dominga.)* Sí. ¡Adiós!

DOMINGA.—*(Llevándose las manos al corazón.)* ¡Ay de mí!... ¡Favor! *(Cae desmayada en el sillón.)*

HONESTO.—(*Acudiendo a ella.*) ¡Dominga!...

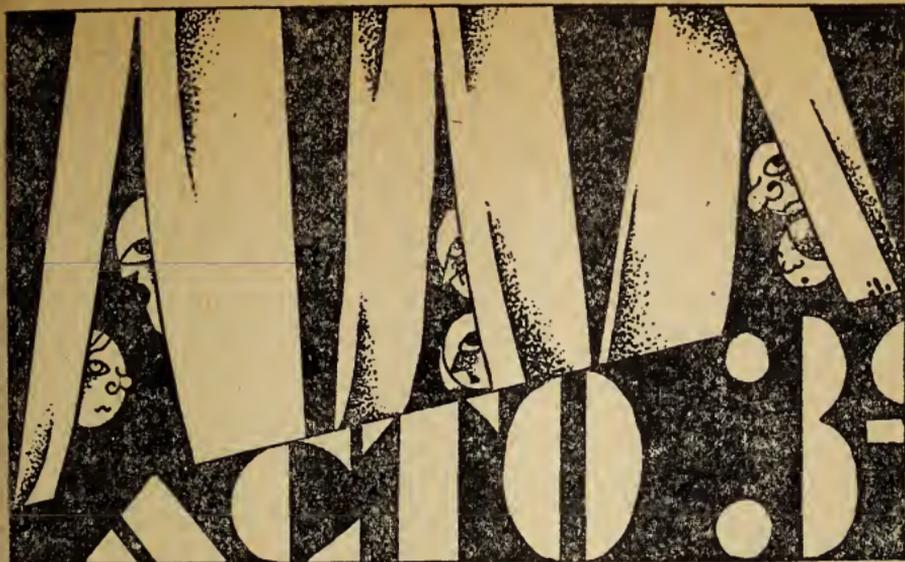
REBOLLO.—(*Idem.*) ¡Joven!...

HONESTO.—(*Asustado.*) ¡Fria! ¡Está helada!... ¡;Ha muerto!! (*Todos los personajes, asomando la cabeza, horrorizados.*) ¡Eh?...

TELON







La misma decoración de los actos anteriores.

(Entre este acto y el anterior no hay solución de continuidad; de manera que al levantarse el telón, como han transcurrido solamente unos segundos, están los personajes tal y como estaban al caer antes la cortina.)

HONESTO.—*(Aterrado.)* ¿Vive?

REBOLLO.—Sí. No es más que un ligero desmayo... *(Como descargados de un gran peso, desaparecen todos los personajes que atisbaban curiosos.)* Ya respira normalmente. Salgamos antes que vuelva: es preferible.

HONESTO.—*(Indeciso.)* ¿Pero?...

REBOLLO.—Vamos. Ya volverá.

HONESTO.—¿Quién? ¿Yo?

REBOLLO.—Ella.

HONESTO.—¡Ah!

REBOLLO.—Andando.

HONESTO.—¿Qué pena! ¡irme sin que vuelva!... ¡Cuándo vuelva y vea que me he ido, creará la infeliz que no he vuelto!...

REBOLLO.—Vamos, vamos...

HONESTO.—*(Haciendo mutis por la izquierda, casi llevado por Rebollo.)* ¡En qué mala hora hice lo que hice!... *(Se van, cerrando la puerta.)*

DOMINGA.—(*Incorporándose en el sillón.*) ¡Ay, Dios mío!... (*Abre los ojos y mira sin enterarse aún de en dónde se encuentra.*)

CLARA.—(*Saliendo de su escondite.*) Esta es la mía. (*Cierra con llave la puerta de la habitación donde están Tesifonte y Consejo.*)

PÁNFILO.—(*Saliendo.*) ¿Qué haces?

CLARA.—¡Silencio!... Tú, déjame a mí. (*Cierra también con llave las otras habitaciones.*)

DOMINGA.—(*Mirando a Pánfilo y a Clara con cara de estúpida y sin dar crédito a lo que ve.*) ¿Dónde estoy?... (*Ni Pánfilo ni Clara le hacen caso ninguno.*)

PÁNFILO.—Pero, escucha, Clarita.

CLARA.—¡A media voz, padre! Ninguno de ellos debe enterarse de lo que vamos a hablar tú y yo.

UNA VOZ.—(*Dentro.*) ¡¡Serenóóóóóó!!...

CLARA.—Sí; llama, llama. ¡Estás fresco! (*A Pánfilo.*) Siéntate. (*Se sientan.*)

DOMINGA.—(*Que ha estado restregándose los ojos y que los mira estúpidamente.*) (No son ellos. Ellos van camino de Alhama. Yo los veo, porque no estoy buena.) (*Continúa con cara de idiota.*)

CLARA.—Mira papaíto: en esos cuartos están enchiquerados los siete sinvergüenzas, berrendos en canalla, que vamos a torear nosotros ahora mismo. Una corrida completa: seis y un sobrero.

PÁNFILO.—Las dos vacas déjamelas a mí.

CLARA.—No, que no andas bien de facultades. Tú límitate a ayudarme y no te metas en dibujos.

PÁNFILO.—Bueno, ¿Pero tú qué te propones?

CLARA.—Anda; sacar raja de todo esto. A ver si yo logro lo que deseo con toda mi alma: que ese pocholo de Moisés sea para mí, porque me tiene loca, papaíto. ¿Has visto qué buen muchacho?... ¡Ay, padre!...

PÁNFILO.—Vamos, vamos...

DOMINGA.—(*Que se ha levantado y acercado a ellos.*) Son ustedes, ¿verdad?... ¿Tú eres Clara?

CLARA.—Claro.

DOMINGA.—¿Entonces yo estoy aquí?

CLARA.—Naturalmente: aquí, en el hotel Palomeque. (*Domíngua la mira con ojos espantados.*) Sí, mujer. ¿Qué te extraña? Pareces boba. Este es el gran hotel Palomeque. Mira, abre aquel cuarto (*Por la segunda puerta de la derecha.*), y dile al huesped que lo ocupa que haga el favor de salir.

DOMINGA.—(*Boquiabierta.*) ¿Eh?...

CLARA.—Que salga, mujer.

DOMINGA.—(Como antes, sin moverse.) ¿Cómo?

CLARA.—Vaya, tendré que hacerlo yo. (Se dirige a la puerta indicada, la abre y dice a media voz.) Hágame el favor, don Carloto.

DON CARLOTO.—(Entrando en escena, escamadisimo y con las botas en la mano.) ¿Eh?... ¿Pero?...

CLARA.—(En voz baja.) No tenga miedo. Todos están encerrados. Siéntese, que tenemos que hablar.

PÁNFILO.—(Indicándole el sillón y obligándole a sentarse.) Aquí.

DOMINGA.—(En el colmo de la estupefacción.) (¡Era verdad! ¿Pero cómo no lo sabía yo?..)

CLARA.—Dominga... Dominguita...

DOMINGA.—¿Eh?

CLARA.—Vete, que esto no te importa a ti.

DOMINGA.—Sí...; muy mala. Estoy muy mala. (Se va por el corredor, como sonámbula.)

DON CARLOTO.—Bueno, dígame, por Dios, porque no sé si coordino o no coordino. ¡Estoy tan nervioso!...

PÁNFILO.—(Sentándose, con Clara, junto a él.) Y es para estarlo.

DON CARLOTO.—¿No salieron ustedes para Alhama hace unas horas?...

CLARA.—Sí, señor, y hemos vuelto para salvarle.

PÁNFILO.—Ni más ni menos.

CLARA.—Para sacarle de este apuro en que se encuentra, que es el apuro más grande en que se ha visto nadie en el mundo. Porque Sacristán, que es una fiera, cree que su esposa ha venido aquí en busca de usted. Vamos, que Moisés, por encargo de usted, se la ha traído a usted aquí, a su propia casa.

DON CARLOTO.—¡Qué horror!

CLARA.—Y como está ciego, porque está ciego, es capaz de buscarle, de pegarle a usted un tiro en la cabeza y adiós vida y adiós lo que vale más que la vida, porque su esposa de usted descubriría entonces todo lo que usted ha querido ocultarle, y...

DON CARLOTO.—(Aterrado.) ¡No! ¡No, por Dios! ¡Eso, nunca!

CLARA.—Esté usted tranquilo, que no será, porque para evitarlo estamos aquí nosotros.

PÁNFILO.—Sí, señor.

CLARA.—Sí para eso hemos vuelto. Porque nosotros sabíamos, por una actriz de Maravillas, que Moisés, aprovechando nuestra ausencia, iba a traer aquí a esa pájara, diciéndole que esta casa era suya.

PÁNFILO.—Sí, señor; lo sabíamos.

DON CARLOTO.—¡Canalla!... ¡Nunca creí que el peque!...

CLARA.—Y sabíamos también que Onofre, el portero, iba a ocultar aquí al señor Sacristán.

PÁNFILO.—También lo sabíamos.

CLARA.—Y pensábamos: “Anda y que se encuentren allí y que se maten.”

PÁNFILO.—¡Claro, hombre! Que se maten.

CLARA.—Pero cuando nos dijo en el tren un policía, compañero de Rebollo, que usted iba a bajar a sorprender a Moisés, papá que está en todo...

PÁNFILO.—En todo.

CLARA.—Me dijo: Clara, si Sacristán ve juntos a Rita y a don Carloto, se los carga a los dos.

PÁNFILO.—Se lo dije, se lo dije.

CLARA.—Hay que evitar eso a todo trance; volvamos a Madrid. Nos bajamos en Alcalá de Henares..., y aquí estamos.

PÁNFILO.—Y aquí estamos.

DON CARLOTO.—¡¡Gracias, Palomeque; muchas gracias!!

PÁNFILO.—De nada, hombre. Yo soy así. Cuando llega la hora, ni reuma ni nada.

DON CARLOTO.—Va usted a ir a Alhama en tren especial. Bueno, ¿y qué piensan ustedes hacer?

CLARA.—Papá tiene un plan que ya me ha dicho...

PÁNFILO.—Sí; pregúntele usted a ella; a ella.

CLARA.—Es muy largo de explicar; pero yo le respondo a usted de que nada malo ha de sucederle y que su esposa continuará creyéndole un santo. Ahora, que... eso tiene un precio.

DON CARLOTO.—¿Eh?

CLARA.—Cada uno hace las cosas con su cuenta y razón.

DON CARLOTO.—Ustedes fijarán la cantidad. Yo soy la carne y ustedes el cuchillo: corten por donde quieran.

PÁNFILO.—¿Qué?

DON CARLOTO.—Que ustedes son el cuchillo y yo la carne.

PÁNFILO.—¡Qué carne! Usted es un hueso.

DON CARLOTO.—¿Eh?...

CLARA.—Quiere decir mi padre, que no se trata de dinero, sino de algo que vale mucho más y que puede ser la salvación de Moisés. Anda, dile lo que deseas, papá.

PÁNFILO.—¿Lo que deseo yo? Lo que deseas tú, hija mía, que no es lo mismo; porque a mí me parece un disparate. A mí, Moisés, me parece físicamente una birra.

DON CARLOTO.—¡Un mamarracho!

PÁNFILO.—Y moralmente...

DON CARLOTO.—¡¡Un bicho!! Las bofetadas que voy a darle se van a oír en el Japón. ¡Lo que ha dicho de mí!...

CLARA.—(*Levantándose.*) ¡Basta! Voy a subir y a suplicar a su esposa de usted que baje para que presencie la entrevista que va usted a tener con Rita y con Sacristán y oiga la que va usted a contarle a Rita.

DON CARLOTO.—(*Aterrado.*) ¿Eh?

CLARA.—Delante de mí no se ofende a Moisés.

DON CARLOTO.—(*Comprendiendo.*) ¡Cómo! ¿Pero?...

PÁNFILO.—Sí, señor; está loca. Se ha empeñado en casarse con él y...

CLARA.—Y me caso. ¡Vaya si me caso! Y si ustedes no me ayudan a conseguirlo, abro todas esas puertas y se arma aquí una que... ¿qué noche trágica recuerdan ustedes?...

PÁNFILO.—La de "El Diluvio".

CLARA.—Pues peor. Yo quiero casarme con Moisés (*A Carloto.*), y si usted me ayuda a lograrlo, lo saco a usted de este atolladero; y si no, no.

DON CARLOTO.—Bueno, bueno; hecho.

CLARA.—¿Palabra de honor?

DON CARLOTO.—Palabra de honor.

CLARA.—Pues ocúltese, cálcese, escúcheme, cálmese y ríase.

CLARA.—Tú déjame a mí. Verás ahora. (*Abriendo la primera llevándose las botas.*)

PÁNFILO.—No sabía yo, hija mía, que fueras tan lía lía.

CLARA.—Tú déjame a mí. Verás ahora. (*Abriendo la primera puerta de la derecha.*) Pueden ustedes salir.

RITA.—(*Asomándose, miedosa.*) ¿Eh?... ¿Pero?...

CLARA.—(*Como antes.*) No tema: su marido de usted está enchiquerado.

RITA.—(*Saliendo y hablando miedosísima hacia el lateral.*) Sal, Mo... Sal, Mo... Sal, Moisés.

MOISÉS.—¡Clarita! ¡Pánfilo!... ¿Ustedes aquí?.. ¿Pero cómo?... ¡Salvadme, por Dios! Mi tío quiere llevarme a Santa Rita. Está aquí el marido de Rita... De ésta, de la...

CLARA.—Estamos al cabo de la calle.

MOISÉS.—¿Eh?

CLARA.—Y hemos venido a salvarle. Sabíamos por uno de Maravillas, que iba usted a venir con esta señora...

MOISÉS.—¡Perdón!

CLARA.—Y como sabíamos también que iba a venir el portero con el otro y conocíamos lo de su tío de usted con usted, y lo de la prestamista con usted y lo del sereno con la prestamista...

PÁNFILO.—(*Asombrado.*) ¡Mi madre!

CLARA.—Pues le dije yo a mi padre: “Papá, al pobre Moisés le van a majar esta tarde.” Y como usted ha sido siempre muy galante conmigo..

MOISÉS.—Es verdad.

CLARA.—Y nunca me ha mirado usted con indiferencia...

MOISÉS.—¡Nunca!

CLARA.—Convencí a mi padre de que debíamos bajarnos en Alcalá y volvernó a Madrid para salvarle, y aquí estamos.

PÁNFILO.—Sí, señor. Y le salvaremos.

CLARA.—Por lo pronto, hemos logrado que el policía que venía buscándole a usted se lleve a Honesto Tenorio, el novio de Dominga, porque yo le dije que aquél era usted.

MOISÉS.—¡Gracias, Clarita! ¡Es usted un ángel!...

CLARA.—Y ahora voy a sacarle del compromiso en que se encuentra y voy a salvar a esta señora.

PÁNFILO.—(*Rectificándola.*) Vamos.

MOISÉS.—Sí, vamos. Pronto.

PÁNFILO.—Si digo que vamos a hacerlo los dos.

CLARA.—Claro que para ello va usted a tener que decir una mentira que le va a costar mucho trabajo..

MOISÉS.—Mire usted: yo con tal de salvarme, soy capaz de decir lo más inverosímil que haya en el mundo. Vamos, que me he comido a mi madre.

CLARA.—(*Avergonzada y dengosa.*) ¡No tanto, hombre! Tiene usted que decir que es mi novio y que va a casarse conmigo el mes que viene.

MOISÉS.—¡Sí...

CLARA.—¿Eh?

MOISÉS.—Que es bastante inverosímil. Conociendo a mi tía y al sinvergüenza de mi tío..

PÁNFILO.—Sin gritar.

MOISÉS.—Ustedes no saben quién es mi tío.

CLARA.—(*Atajándole.*) ¡Un perfecto caballero!

MOISÉS y RITA.—¿Eh?

CLARA.—Hace un instante, y empezando ya mi obra de salvamento, le dije que usted era mi novio; que había venido usted aquí con esta señora para reconciliarla con su marido.

RITA.—¿Eh?

MOISÉS.—¿Pero?...

CLARA.—Y su tío de usted, con lágrimas en los ojos, me dijo: “Si eso es verdad; si Moisés es capaz de una conducta tan generosa, no sólo no me opondré a vuestro casamiento, sino que le regalaré cincuenta mil pesetas el día de la boda.

MOISÉS.—¡Clarita!

PÁNFILO.—Es verdad: lo dijo. Y a mí me ofreció un destino en ferrocarriles para por las tardes.

RITA.—¡La verdad es que ha tenido esta muchacha una ocurrencia!... (A Moisés.) Porque figúrate que todo eso fuera verdad. Que tú, queriendo reconciliarnos y probar al mismo tiempo la inocencia de tu tío, me hubieras traído a mí...

CLARA.—¡Claro!...

MOISÉS.—No, si tiene un talento...

CLARA.—(A Rita.) ¿Usted quiere hacer las paces con su marido?

RITA.—Sí; esta vida que llevo no es vida.

CLARA.—Pues antes de media hora sale usted del brazo con él por esa puerta o pierdo yo el nombre que tengo. ¡Así pudiera yo conseguir!... (Mira a Moisés, que está distraído, y suspira.)

RITA.—(Intrigada.) ¿Eh? ¿Pero usted?...

CLARA.—(A Rita, aparte.) Estoy por él que me deshilacho, me deshilvano y me descoso.

RITA.—Le prometo hacer cuanto pueda en su favor.

CLARA.—¡Gracias!

MOISÉS.—(A Clara.) Oiga usted, ¿y Consejo, la prestamista, cómo ha venido aquí?...

CLARA.—¡Ah! No se preocupe: eso lo tengo ya arreglado. Venía a darle a usted una puñalada.

MOISÉS.—(Saltando.) Es usted mi providencia, Clarita.

CLARA.—Bueno; hagan ustedes el favor de ocultarse, porque voy a entrar ahí, donde su marido, y no quiero que la vea hasta el momento oportuno.

RITA.—Sí; eso es lo mejor. En usted confío.

CLARA.—Y yo en usted.

RITA.—Descuide. (A Moisés.) Vamos. (Disponiéndose a hacer mutis con él por la primera puerta de la derecha.) ¡Qué muchacha, Moisés! ¡Qué talento tan grande! ¡Y es guapísima!

MOISÉS.—(Convencido.) No, si a mí me ha gustado siempre. (Mutis.)

CLARA.—(Contentísima.) ¡Ay, padre!... ¡Ay, papaito, que me lo llevo! ¡Ay, que pocholo más repocholo y más rico!

PÁNFILO.—Vamos, niña, no seas farota, ¡caramba!

CLARA.—Bueno; voy a hablar con Sacristán. Este es el peligro. Esta es la carta más difícil; pero como estoy de buenas y me ilumina el... la... (Mirando a la primera puerta de la derecha y tirando un beso.) ¡Precioso!...

PÁNFILO.—Escucha: ¿y qué hacemos con el sereno y la prestamista?

CLARA.—A esos dos criminales, bandidos, quiero yo sentar-

les la mano bien. Quita la llave y mira por el ojo de la cerradura a ver qué hacen...

PÁNFILO.—Sí. (*Se acerca a la puerta del foro izquierda, quita la llave y mira.*) Se están arrullando en el sofá.

CLARA.—¿Tendrán poca vergüenza? Espera. (*Coge del suelo la cuerda y se dispone a tirar.*) Mira ahora. (*Pánfilo observa como antes y Clara pega un tirón de la cuerda. Ruido de algo que se cae dentro.*)

CONSEJO.—(*Gritando dentro.*) ¡¡Aaaah!!...

TESIFONTE.—(*Idem.*) ¡Ay!

PÁNFILO.—(*Sin dejar de mirar.*) ¡Atiza!... ¡Vaya susto! Se han desmayao.

CLARA.—¿Quién?

PÁNFILO.—(*Poniendo de nuevo la llave en la cerradura.*) Ella. No sé cómo estaría la cuerda, que ha girao el sofá como un tío vivo, ha tirao la mesa y le ha hecho cisco el farol.

CLARA.—Me alegro. A esos hay que darles de firme, por canallas. Bueno; vamos a ver... (*Se santigua.*) Padre: voy a dejar la puerta abierta, por si acaso. (*Entra en la habitación del foro derecha, dejando la puerta abierta.*)

EL APARATO.—Misters: The climate in London is delisious. (*Di claimé in Landan is delisios.*)

PÁNFILO ¡Atiza! Ya se conectó otra vez. (*Va a arreglarlo.*)

EL APARATO.—Píííí..., píííí... (*Suena lejos un piano y alguien que canta una romanza que sea del dominio público.*)

DOMINGA.—(*Por el corredor.*) Tío Pánfilo.. ¿No ha oído usted antes unos gritos y unos golpes?...

PÁNFILO.—No.

(*Suenan voces dentro, en el cuarto indicado.*)

DOMINGA.—(*Casi llorando.*) ¡Ay, tío, yo estoy muy mala!

PÁNFILO.—¿Eh? ¡Calla! (*Se acerca y queda escuchando.*)

DOMINGA.—Yo necesito que me vea alguien, porque esta cabeza mía no rige. (*Ve en el suelo la cuerda que está atada al sofá, la coge y comienza a liarla nerviosamente.*) Veo lo que no veo; oigo lo que no oigo, y... ¿Eh? ¿A dónde está amarrada esta cuerda? (*Pega un tirón.*)

CONSEJO.—(*Dentro, gritando.*) ¡¡Aaaaah!!...

DOMINGA.—(*Asustada.*) ¡Ay!...

CONSEJO.—(*Dentro.*) ¡Favor!...

PÁNFILO.—(*Acercándose a la puerta.*) ¡Caray!

DOMINGA.—(*Nerviosa, intentado huir y tirando sin querer de la cuerda.*) ¡Dios mío!...

CONSEJO.—(*Dentro.*) ¡Socorro!...

MOISÉS.—(*Asomando la cabeza.*) ¿Eh?

DON CARLOTO.—(*Idem.*) ¿Qué?

TESIFONTE.—(Dentro.) ¡No! ¡No!... ¡Quieta!... ¡¡¡Ah!!!

TODOS.—¿Qué?

TESIFONTE.—(Aporreando la puerta.) ¡Abran!... ¡Abrid!...

PÁNFILO.—(Abriendo.) ¿Qué pasa?...

TESIFONTE.—(Dentro.) ¡Que se ha tirado por el balcón!

PÁNFILO.—(Abriendo la puerta.) ¡Mi madre!

DOMINGA.—(Al ver a Tesifonte que entra en escena con el chuzo y los pelos de punta y el farol roto.) ¡¡Mi padre!!

TESIFONTE.—¿Qué horror! ¡Al caer ha debido partirse una pierna!

PÁNFILO.—Yo te voy a partir a ti la otra, bandido.

TESIFONTE.—Perdóname, Pánfilo, y déjame pasar.

DOMINGA.—¡Pero, padre!

TESIFONTE.—¡Yo no soy tu padre! ¡No te reconozco! (*Mutis por la puerta de la izquierda.*)

DOMINGA.—¿Eh?... ¿Pero?... ¡Tío! ¿Qué hacía ahí mi padre?

PÁNFILO.—Estaba con Consejo y tú con eso de la cuerda le han hecho saltar.

DOMINGA.—(Que no comprende.) ¿Que yo?... ¡Ay! A mí me va a dar algo a la cabeza. (*Se oye discutir a Clara y a Sacristán.*)

PÁNFILO.—¡Calla!... (*Entran en escena CLARA, SACRISTÁN y ONOFRE.*)

CLARA.—Si por eso hemos vuelto nosotros.

SACRISTÁN.—Bien, bien; pero vamos a una casa.

PÁNFILO.—¿A una casa? ¿A qué casa?

SACRISTÁN.—(Nervioso.) ¡A una casa, a una casa!...

ONOFRE.—No se ponga usted nervioso.

SACRISTÁN.—¡¡A una cosa!!

TODOS.—¡Ah!

SACRISTÁN.—¿Por qué ese señor don "Culoto"... ¡don Carlitos..., don Carloto!, tío de su novia de usted, besaba a mi esposa en La Cuadra?

CLARA.—¿Qué besándola ni qué niño muerto! ¡Pobre don Carloto! ¡Tan bueno, tan religioso, tan caballero!... ¡Harta desgracia tiene! ¿Pero usted no sabe que es sordo como una muralla?

SACRISTÁN.—¿Eh?...

CLARA.—Encontró a su señora de usted, le preguntó qué hora era, le puso el oído como le ponen los sordos... ¡Así, caramba! (*Acercándole la cara a Sacristán.*) ¿Esto es besar a nadie?

SACRISTÁN.—Es que cualquiera hubiera creído...

CLARA.—Don Carloto Totorica es un santo. Dílo tú, padre.

PÁNFILO.—Un santo.

CLARA.—Y su señora de usted otra santa.

PÁNFILO.—Sí, señor.

CLARA.—Y mi novio, que es quien la ha traído aquí, siguiendo mis indicaciones, es un caballero y un pocholón que me tiene tarumba. El mes que viene nos casamos.

DOMINGA.—(*Asombrada.*) ¿El mes que viene?...

PÁNFILO.—Claro, mujer. ¿No lo sabías? ¡Si lo sabe todo el mundo!

DOMINGA.—Puede que lo supiera; pero como estoy como estoy...

CLARA.—(*Abriendo la primera puerta de la derecha.*) Moisésito.. Sal, mi vida.

MOISÉS.—(*Un poco temeroso.*) Muy buenas noches..

CLARA.—Ya le he dicho a don Cándido el servicio que le has prestado y te está reconociéndísimo.

SACRISTÁN.—(*Alargándole la mano.*) Esta es mi mona.

MOISÉS.—(*Que no le mira.*) Si es mi mona y muy inteligente.

SACRISTÁN.—(*Nervioso.*) ¡Aludo a la mona!...

TODOS.—¡A la mano!

SACRISTÁN.—¡A la mano!

MOISÉS.—¡Ah! (*Cambian un apretón de manos.*) Su señora de usted, que es buenísima, ha pasado estos días muy malos ratos.

SACRISTÁN.—¿Dónde la conoció usted?

MOISÉS.—En Maravillas.

SACRISTÁN.—¿Eh?..

MOISÉS.—Sí; en el convento de Maravillas, donde una prima mía está de superiora. Voy a llamarla, para... (*Secándose el sudor, se acerca a la puerta y llama.*) Doña Rita...

CLARA.—(*A Sacristán.*) ¡Es más respetuoso!... Doña Rita le dice...

RITA.—(*Entrando en escena con los brazos abiertos.*) ¡Cándido!...

SACRISTÁN.—Rata... Rota... Rita... ¡*Se abrazan.*!

DOMINGA.—(*En idiota.*) (No me explico nada de esto...)

CLARA.—(*A Moisés.*) Anda, vidita...

MOISÉS.—¿Qué quieres, pichona?

CLARA.—Avísale al pobre sordo y dile por señas que don Cándido desea pedirle perdón...

MOISÉS.—Ahora mismo. (*Haciendo mutis por la segunda puerta de la derecha.*) ¡Es listísima!) (*Vase.*)

(*Suenan unos golpes en el techo.*)

PÁNFILO.—¡Aprieta!

RITA.—(A Sacristán.) Nunca agradeceremos lo bastante a esa muchacha el favor que nos ha hecho.

SACRISTÁN.—¡Es verdad!

RITA.—¿Te ha explicado lo del sordo?

SACRISTÁN.—Y su explicación me ha devuelto la tranquilidad.

RITA.—Ahí lo tienes.

MOISÉS.—(Entrando en escena tirando de don Carloto.) Venga usted, tito...

DON CARLOTO.—(Miedoso.) Buenas noches...

CLARA.—(Gritando al oído de don Carloto.) ¡Ya sabe lo de su defecto! (En voz baja.) Haga como si me besara.

DON CARLOTO.—(Aplicándole el oído, como si fuera a morderla en el cuello.) ¿Le has dicho?...

CLARA.—(Como antes.) Sí.

RITA.—(A Sacristán.) ¿Estás viendo?

SACRISTÁN.—(Acercándose a don Carloto y gritándole al oído.) Quiero que me perdone aquel hecho...

DON CARLOTO.—(Abrazándole para contestarle.) Hecho.

SACRISTÁN.—(Como antes.) Deploro la desgracia...

DON CARLOTO.—Gracias.

SACRISTÁN.—Es una tapia. (Habla con los demás.)

CLARA.—(A Moisés.) Cójame usted una mano para que vean que no perdemos ocasión...

MOISÉS.—(Cogiéndosela.) Y es muy bonita.

CLARA.—(Coquetísima.) Menudita como toda yo.

MOISÉS.—(Acariciándole la mano.) Pero gordita y llenita.

CLARA.—Claro, hombre; eso, la mano... y todo.

DON CARLOTO.—(A Pánfilo y Clara, a media voz.) Voy a subir y le diré a Balbina unos cuantos embustes...

CLARA.—(Idem.) Bueno; quedamos en que usted..., ¿eh?

DON CARLOTO.—(Pretendiendo escabullirse.) Ya veremos, ya veremos...

CLARA.—(Sujetándole fuertemente.) ¡Quiá, hijo! ¿Después de arreglarlo todo, ya veremos? ¡Vamos! (Gritándole al oído.) ¡Quedamos en que el mes que viene nos casamos el peque y yo!

PÁNFILO.—(Gritándole en el otro oído.) ¡Sí, señor!

SACRISTÁN.—(Idem.) ¡Yo seré testigo!

RITA.—(Idem.) ¡Y yo la madrina!

MOISÉS.—(Idem.) ¡¡Y yo muy gustoso!!

CLARA.—(Derretida.) ¡¡Moisés!! ¡Déjame que te abrace! (Lo abraza y lo besa.) ¡¡Muá!!

MOISÉS.—Haz de mí lo que quieras: soy tuyo.

EL APARATO.—(Fuertemente.) ¡¡Atención!!

Todos.—¿Eh? (Se hace un profundo silencio.)

HONESTO.—(*Empujando la puerta con Rebollo.*) Pase usted: no hay nadie en la casa.

REBOLLO.—(*Al ver a todos.*) ¡Eh? (*Habla con él don Carloto.*)

EL APARATO.—Ha terminado la emisión. Buenas noches.

SACBISTÁN.—Bueno, Ritita, hija mía, se impone la marcha.

PÁNFILO.—(*Gritando a don Carloto.*) ¡Se impone la marcha!

DON CARLOTO.—Sí; se impone la marcha.

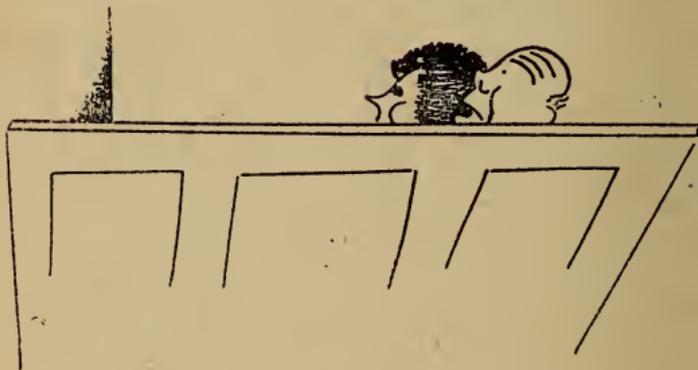
EL APARATO.—(*Hace sonar la Marcha real.*)

MOISÉS.—Dame otro abrazo. Tú harás de mí un hombre de provecho.

CLARA.—¡Tómalo! (*Se abrazan.*)

(*Comienzan todos el desfile a compás de la Marcha real.*)

TELON



L A F A R S A

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones—

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMO.

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Vermeir.
Traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín
Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adapta
ción de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA
de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armont y Gerbidón, versión
castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CACIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ! de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estramera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estramera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinlay.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.

41. **NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON**, de Manuel Linares Rivas.
42. **HERNANI**, versión y arreglo a la escena española por don Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. **Y VA DE CUENTO**, de Jacinto Benavente.
44. **LA CAPITANA**, de Sevilla y Carreño.
45. **MI PADRE NO ES FORMAL**, de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. **¡BENDITA SEAS!**, de Alberto Novión.
47. **¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!**, de Francisco Ramos de Castro.
48. **EL BUEN CAMINO**, de Honorio Maura.
49. **EL TIO QUICO**, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. **¡POR EL NOMBRE!**, de Federico Santander y José María Vela.—**LA MAS FUERTE**, de Augusto Strindberg.
51. **MADemoiselle NANA**, de Pilar Millán Astray.
52. **MARIANA PINEDA**, de Federico García Lorca.
53. **EL CADAVER VIVIENTE**, de León Tolstoy, traducción de Ferralba Beci.
54. **EL DESEO**, de Luis Fernández Ardavin.
55. **CUENTO DE AMOR**, de Jacinto Benavente, y **SONATA**, de Francisco de Vía.
56. **¡MAS QUE PAULINO...!**, de Emilio González del Castillo y Manuel Martí Alonso.
57. **UN ALTO EN EL CAMINO**, de El pastor poeta.
58. **CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR**, de Avelino Artís. Traducción del catalán por Arturo Morí.
59. **¡NO QUIERO, NO QUIERO!...**, de Jacinto Benavente.
60. **LA ATROPELLAPLATOS**, de Paso y Estremera.
61. **EL BURLADOR DE SEVILLA**, de Francisco Villaespesa.
62. **LAS ADELPHAS**, de Manuel y Antonio Machado.
63. **LOLA Y LOLO**, de José Fernández del Villar.
64. **EL AUTOMOVIL DEL REY**, de Natanson y Orbok, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. **MI HERMANA GENOVEVA**, de Berr y Verneuil, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. **RAQUEL Y EL NAUFRAGO**, de Honorio Maura.
67. **LA MAJA**, de Luis Fernández Ardavin.
68. **EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS**, de Manuel Linares Rivas.
69. **LA TATARABUELA**, de Cadenas y González del Castillo.
70. **EL ULTIMO LORD**, de Ugo Falena, traducción de Víctor Galarrondo y Manuel Morcillo.
71. **CUENTO DE HADAS**, de Honorio Maura.
72. **¡UN MILLON!**, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. **ORO MOLIDO**, de Federico Oliver.
74. **DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO...**, de Antonio Pasó y Antonio Estremera.
75. **LAS HILANDERAS**, de Federico Oliver.
76. **HILOS DE ARAÑA**, de Manuel Linares Rivas.
77. **¡MIRA QUE BONITA ERA...!**, de Francisco Ramos de Castro.
78. **CUENTO DE ALDEA**, de Luis Fernández Ardavin.
79. **UNA MANO SUAVE**, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. **¿QUIEN TE QUIERE A TI?** de Luis de Vargas.
81. **¡AL ESCAMPIO!**, de El pastor poeta.
82. **¡LO IMPREVISTO**, de Francisco de Vía.
83. **EL CLUB DE LOS CHIFLADOS**, de Armont y Gerbidon, versión catalana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez Roig.
84. **LA SANTA**, de Luis Fernández Ardavin y Valentín de Pedro.
85. **LOS CLAVELES**, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
86. **EL SOLAR DE MEDIACAPA**, de Carlos Arniches.
87. **EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE**, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.

Estampa

es la revista
nacional
que interesa a toda España.

Estampa

es la revista para
el hombre;
es la revista para
la mujer;
es la revista para
el niño.

Estampa

ofrece siempre:
la imagen del momento,
el comentario oportuno,
la información interesante,
los escritores preferidos.

48 PAGINAS

30 cénts.

LA FARSA

está a la venta en la

Librería y Editorial Madrid

Montera, 40, MADRID

Donde puede usted suscribir-

se, adquirir el número de la

semana y los números

atrasados que falten

para completar

su colección





GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

::: DE HUMORISMO :::

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—
Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Ro-
berto.—Barbero.—López Rubio.—Tono.
Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concur-
sos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—
¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

m a c a c o

el periódico
de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñe-
cos recortables, dibujos para iluminar, plie-
gos de soldados, etc., y otras muchas sec-
ciones, que son el encanto de los niños. No
dejéis de comprarlo, pues además, obten-
dréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 25 céntimos

COMPRE Y COLECCIONE TODOS LOS
NÚMEROS DE

LA FARSA

ASÍ TENDRÁ USTED, ADEMÁS DE LA
COLECCIÓN MÁS COMPLETA DE LAS
OBRAS QUE SE ESTRENEN CON ÉXITO
EN MADRID, UNA COMPLETÍSIMA GALE-
RÍA DE PERSONAJES CÉLEBRES DEL
TEATRO ESPAÑOL, PUES CADA UNA DE
LAS CUBIERTAS DE

LA FARSA

ES UNO DE ESOS PERSONAJES, A LOS
QUE DIERON VIDA IMPERECEDERA LOS
GENIOS DE NUESTRA DRAMÁTICA.

Cubierta de este número:

DOÑA INES DE CASTRO

de REINAR DESPUES DE MORIR

de Vélez de Guevara.